

CRIMEN EN EL SIGLO XXI

Curtis Garland

CIENCIA FICCION



CRIMEN EN EL SIGLO XXI

Curtis Garland

CIENCIA FICCION







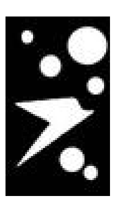
La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

CURTIS GARLAND

CRIMEN EN EL SIGLO XXI

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 573
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA —BOGOTA —BUENOS AIRES —CARACAS —MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B.20.654 – 1981

Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición en España: 1981
1.ª edición en América: 1982

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona - 1981

PREFACIO

Aunque pueda parecerlo, la idea no es absolutamente nueva. Y no me refiero exclusivamente al hecho de viajer en el Tiempo, harto utilizado por autores de ciencia-ficción y de otros géneros. Aquí aludo ai hecho de mezclar el tema policíaco o de intriga con el de ciencia-ficción pura, cosa que recientemente ha experimentado con gran éxito autor tan notable como Isaac Asimov que, en su obra «Estoy en Puerto Marte sin Hilde», mezcla la S.F. con el tema de «suspense» o «misterio».

Esta obrita no trata de seguir el ejemplo del. gran maestro Asimov, sino solamente abordar otra posible vanante de ese curioso combinado que resulta, en todo caso, de mezclar ciencia-ficción, enigma policíaco y las eternas coordenadas Tiempo-Espacio, tan gratas a los autores de este género.

Después de todo, la fórmula es válida, ¿por qué no? Aunque en esto, el lector es quien tiene siempre la última palabra...

C. G

Primera Parte

PRESENTE

CAPITULO PRIMERO

El hombre se detuvo ante la placa de latón, recién bruñida y limpia, donde destacaban los caracteres en letra inglesa cursiva, totalmente clásicos:

STEWART LANE
INVESTIGA CÍONES PRIVADAS
TODA CLASE DE ASUNTOS CONFIDENCIALES

Pareció vacilar unos momentos. Miró a uno y otro lado de la apacible y recoleta calle londinense, apenas transitada a aquella hora de la tarde y con tan frío cierzo recorriendo su trazado y levantando la hojarasca caída de los árboles situados tras las verjas de las viviendas tradicionálmente británicas.

Luego, con una repentina decisión, subió dos escalones y pulsó el timbre situado a un lado de la puerta, justamente bajo la placa de

latón. Esperó pacientemente.

La puerta se abrió. No vio a nadie para recibirla. Una voz sonó por un invisible amplificador, no muy alta, pero sí perfectamente audible y acogedora:

—Por favor, puede entrar. El señor Lane le recibirá en pocos minutos. Sea bienvenido a esta casa.

El hombre frunció el ceño, como si no le gustaran las recepciones demasiado automatizadas. Por otro lado, se movió inquieto, escudriñando el interior de la casa y los contornos de la entrada. Se sentía incómodo, seguro de que unos ojos invisibles le estaban estudiando antes de darle acogida. Y eso no parecía gustarle.

Entró. Cerró tras de sí, aunque evidentemente eso no era necesario. Alguna célula fotoeléctrica estaba accionando la puerta, apenas hubo cruzado él aquel umbral y se detuvo en medio del confortable vestíbulo que iba a terminar en la amplia escalera ascendente.

—Por favor, siéntese en el gabinete. No tardará en ser recibido.

Otra puerta se abrió en un lateral. Era un muro totalmente de madera, en el que la puerta, hasta el momento, había parecido una moldura más del mismo. Se deslizaba silenciosa, mostrando una especie de salita con amplia biblioteca cubriendo sus muros, muebles confortables y una luz tamizada y agradable, que prestaba intimidad al recinto. El fuego que ardía alegremente en un tradicional hogar británico, le hada olvidar al visitante del helado cierzo que azotaba las calles londinenses.

Entró, siempre inseguro, sorprendido por aquella serie de voces grabadas y de invitaciones amables. Apenas hubo avanzado hacia la nueva puerta, parpadeó una luz roja, circular, en un muro del hall. Se detuvo, sorprendido por esos rojos guiños.

—Por favor, ¿tiene la bondad de dejar su arma en el vestíbulo? —pidió amablemente la voz de antes, llegando de todas partes y de ninguna en concreto.

El visitante parpadeó, cada vez más incómodo, y ahora con evidente gesto de disgusto en su rostro Irritado, hurgó en su chaqueta, extrayendo un revólver calibre 32 pavonado en negro, que depositó en una mesita de mármol, junto a un colgador y paragüero.

—Gracias —sonó la misma voz—. Ahora sí puede pasar, por favor. Le será devuelta su arma cuando salga de aquí. Es simple rutina, compréndalo.

—Es algo más que rutina —resopló el visitante, malhumorado —. Sospecho que son precauciones, señor Lane. No tiene nada que temer de mí.

—Ya lo sé —contestó la voz—. Pero, .como usted dice, son simples precauciones habituales. Por eso mencioné la rutina. No

debe molestarse. El trato es igual para todo el mundo.

Sin hacer comentario alguno, el visitante pasó a la salita, cuya atmósfera cálida y confortable le hizo exhalar un suspiro y desarrugar parte de su ceño. Observó que habla un mueble-bar, abierto e iluminado, mostrando toda clase de licores de excelente marca, un licorero con variadas copas y vasos, y un recipiente de hielo junto a una jarra de agua. Un indicador luminoso señalaba sobre el lugar:

«SÍRVASE, POR FAVOR, LO QUE GUSTE»

El hombre eligió cuidadosamente. Al final se decidió por un. viejo whisky escocés de rara marca y gran reserva, que se sirvió puro, en un alto vaso. Lo saboreó con deleite.

—Demonio —se dijo—. El hombre sabe lo que es beber algo bueno. Sólo por esto, ha valido la pena venir...

Se sentó en una amplia, cómoda butaca, frente al fuego. Contempló éste pensativo, y se dijo que todo esto era absurdo, grotesco, impensable. Pero allí estaba él ahora, buscando a un mítico ser llamado Stewart Lane, conocido históricamente en Inglaterra como «el mejor detective viviente de todos los tiempos», puesto que el fabuloso Sherlock Holmes, por mucha que fuese su humanidad, era sólo una ficción creada por la mente literaria de Sir Arthur Conan Doyle, y nada más.

Stewart Lane era diferente. No era un genio como Holmes, porque él era un ser vivo y los seres vivos rara vez son genios, aunque se les llame así. La genialidad suprema quedaba siempre para los personajes literarios y ficticios, que invariablemente resultaban demasiado perfecto para ser reales.

Stewart Lane, sin embargo, era real. Por tanto, no podía ser perfecto. Pese a juicio de muchos, era lo más aproximado a la perfección humana en un oficio. Y, sobre todo, en un oficio tan difícil como era el de investigador privado, o detective, como algunos preferían aludir a esa especialidad.

Ahora, pensó el visitante, allí estaba él, esperando a verse cara a cara con el casi mítico Stewart Lane, en aquella casa de Londres, en el frío y desapacible otoño del año 1976. El año 1976. Justamente veinte años *antes de nacer él ...*

Y, sin embargo, él ya estaba allí.

* * *

Stewart Lane le contempló largamente, silenciosamente. Parecía estar meditando sobre algo que no entendía bien, pero que sin

embargo no había parecido asombrarle demasiado.

—De modo que es cierto —comentó.

—¿Cierto? ¿El qué? —indagó su interlocutor, perplejo por no advertir en aquel rostro anguloso y frío, de hombre joven, perfectamente británico y totalmente desprovisto de emociones, la menor señal de sobresalto o de incredulidad.

—Lo que usted me ha dicho, naturalmente. Supongo que no es un bromista ni ha venido a perder su tiempo y su dinero contándome una sarta de mentiras.

—Tiempo... —musitó el visitante, entornando los ojos—: Es lo único que puedo permitirme el lujo de perder, señor Lane, pero no el dinero. Tengo lo justo para vivir unos días... en esta época. En mi época, es difícil encontrar moneda actual. Sólo hay ejemplares para coleccionistas.

—Entiendo —dijo Lane con increíble sangre fría, como si estuvieran hablando de cosas perfectamente normales—. Por eso insistía en ese punto. Usted no bromeaba.

—No, en absoluto.

—Me ha dicho la pura verdad.

—Sí.

—¿Y esperaba que yo me lo creyese, señor Warren? —sonrió Lane.

—No, ni lo más mínimo —resopló el visitante.

—Pues ya ve que se equivocó. Le creo.

—Dios mío... —murmuró el visitante, meneando la cabeza—. No es posible. Nadie creería mi historia. Dirían que me he vuelto loco o que pretendo burlarme de los demás.

—Eso es lo sensato en casos así, señor Warren —Lane encendió un cigarrillo y le estudió interesado—. Pero usted no tiene cara de bromista, y menos aún de loco o de visionario, señor Warren. Es más: si algo he encontrado en sus ojos, es que está usted *asustado*.

Inclinó la cabeza Warren. Asintió luego.

—Es verdad —dijo—. *Muy* asustado, señor Lane.

El detective fumó en silencio. Examinó los rápidos apuntes que había trazado en un bloc situado ante él, con un bolígrafo de plata.

—De modo que desea, ciertamente, que Stewart Lane, detective privado londinense haga lo imposible, lo que nadie hizo hasta ahora —suspiró—. Investigar un crimen que aún tardará cincuenta años en cometerse...

Warren asintió, sin mostrar extrañeza por ese modo de expresarse del investigador que tenía ante sí.

—Visto de ese modo, así es —admitió.

—¿Por qué no se le ocurrió algo mejor, como seria tratar de *impedir* que ese crimen se cometa?

—Porque eso es imposible —jadeó Warren.

—¿Imposible? —Lane enarcó las cejas—. Usted está aquí ahora. Y según sus palabras, no nacerá hasta dentro de veinte años, justamente en marzo dé 1996...

—Sí, eso es.

—Ha dado un salto atrás. Ha viajado cincuenta años en el tiempo, para llegar a su pasado, que es mi presente —sonrió con amabilidad Lane, sin quitarle su astuta mirada de encima—. ¿Por qué no intentar que el crimen *nunca* suceda, si aún no se ha cometido?

—Está en un error de apreciación. El crimen *ya* se ha cometido. O *se está* cometiendo, señor Lane. Todas las cosas que han ocurrido, ocurren y ocurrirán, están ocurriendo al mismo tiempo. El Tiempo es como una enorme extensión donde Pasado, Presente y Futuro se mezclan a la vez. ¿Lo entiende?

—No del todo —suspiró Lane—. Ni lo pretendo. He oído diversas teorías sobre el tiempo como dimensión. Una de ellas coincide con la suya. Pero lo cierto es que usted, si ha dicho la verdad, viajó en el Tiempo para llegar a conocerme a mí.

—Ásí es —extrajo algo de su chaqueta, una tarjeta de plástico que puso ante Lane—. Vea, Es mi credencial del futuro, Mi documento de identidad. En él verá la fecha de nacimiento, mi profesión y edad en el año 2.026. Puede intentar destruir o quemar ese plástico sin conseguirlo. Es indestructible.

—Ya veo —examinó el material, leyó el nombre y demás datos: Sydney Warren, nacido el 12 de marzo de 1996, en Connecticut, Estados Unidos de América. Profesión, científico del Gobierno norteamericano. Lugar de residencia, Nueva York. El documento estaba extendido por una llamada Oficina de Control Ciudadano 133, el día 21 de septiembre del año 1.025, en la propia ciudad de Nueva York, Zona D, según los datos allí reseñados. La fotografía y huellas de Warren aparecían grabadas indeleblemente en el propio plástico, que tenia la rigidez y dureza del acero. Se lo devolvió, sin un comentario.

Warren guardó el documento. Hizo un comentario algo desabrido:

—Estamos censados y controlados como simples números, señor Lane. El futuro de su tiempo no es una época agradable. Gustosamente me quedaría en ésta, pero eso tampoco es posible. Las cosas ocurren siempre como tienen que ocurrir. Ni usted ni yo podemos cambiar lo que ya ha sucedido o ha de suceder. Son las normas.

—Las normas ¿de qué?

—De viajar en el Tiempo, señor Lane.

—¿Quién las dicta?

—Eso es muy complejo —evadió una respuesta concreta—. Bástele saber que nadie pueda quebrantarlas.

—Si yo investigo algo que cuando suceda me sorprenderá en la tumba o convertido en un nonagenario agonizante o inútil, señor Warren, creo que eso sí quebranta toda norma. Es ir contra lo establecido, para decirlo de alguna forma.

—Entra dentro de los Imites de lo permisible, eso es todo —comentó Warren con aire abstracto, sin pretender explicar más—. Por eso estoy ahora aquí, con usted, aunque medio siglo nos separe.

—Lo imagino. ¿Quién le habló de mí?

—La Historia —sonrió Warren.

—Oh, la Historia... —Lane exhaló un suspiro, moviendo la cabeza con lentitud-—. Entiendo. Después de todo, en el futuro se hablará de mí...

—Se *habla* de usted —rectificó suavemente su cliente—. Como el mejor detective privado de todos los tiempos. También como el más inteligente e imaginativo.

—Creo que la Historia me hará demasiado favor.

—No, — no. Estaba seguro de que iba a sentirse usted des» concertado por mis palabras, que quizás no creería una palabra de ellas y me echaría de su casa indignado. Pero no ha sido así. Su imaginación aceptó de inmediato lo que para cualquier persona normal sería totalmente absurdo e inadmisible.

—Dejemos eso, señor Warren. Tiempo habrá de comentar ese aspecto de su curioso asunto. Ahora, vamos a exponer las cosas con frialdad profesional; ¿qué tiene que ofrecerme por mis servicios?

—Lo que nadie ha conseguido jamás: viajar al futuro, conocer un tiempo que usted no podría conocer en modo alguno. Y, de paso, obtener algo muy valioso.

—¿Qué, exactamente?

—No es dinero, porque los «créditos» internacionales de mi tiempo, de nada le servirían al regreso a su época, señor Lane. Pero se tratará de algo de un gran valor, posiblemente de un objeto único en el mundo, que podrá usted vender por una autentica fortuna, si así lo desea. Permítame que, de momento, no le mencione su naturaleza. ¿Se fiaría de mí en tales condiciones para aceptar el contrato?

—Todavía no lo sé. Y no por esas condiciones materiales, sino por el asunto en si. No me ha contado nada sobre... sobre ese crimen, señor Warren. El que se supone debo investigar en el futuro.

—Oh, el crimen... —asintió su cliente, pensativo. Se frotó el mentón, estudiando con aire distraído la salita en que se encontraban reunidos los dos hombres. El crujido amable de los leños en el fuego, contrastaba con el zumbido agrio del viento helado de la calle, que se filtraba hasta ellos a

través de la ventana herméticamente cerrada. Tras una pausa, añadió lentamente—: El crimen ha sido abominable…, o mejor podríamos decir, para que usted lo entienda, que *será* abominable.

—Olvídese de los tiempos verbales —sonrió Lane—. Explíquelo a su modo, señor Warren.

—Ese monstruo asesinó a mi amada. La asesinó cruel, salvajemente.

—Entiendo.

—No, no puede entenderlo. La descuartizó, mutiló espantosamente su cuerpo y dispersó las piezas y los miembros como en un juego, dejándome con cada trozo de su desdichada persona una especie de adivinanza o charada para encontrar el siguiente, y así hasta que pude encontrar todo cuanto formaba la totalidad del cuerpo destrozado de mi compañera.

—Es horrible —Lane entornó los ojos, con una expresión de repulsión evidente—. ¿Y la policía? ¿Qué han hecho ellos?

—Nada, señor Lane.

—¿Nada?

—En absoluto. Vivimos en un sistema policiaco, donde la policía sólo se ocupa de delitos políticos, ¿comprende?

—Cielos. ¿En Estados Unidos... dentro de cincuenta años?

—Así es. Habrá una guerra. La ganarán. Pero de esa guerra surgirá una semilla siniestra. Un nuevo sistema totalitario de siglas y de ideología totalmente diferente a cuantas usted conoce. Pero terriblemente represivo, despiadado con los disidentes. Y ella, Ullah... mi amada... era una disidente.

—Pensé que el futuro sería mejor.

—Fue usted un optimista, señor Lane. Los presagios no eran buenos Recuerde a Orwell, a Huxley, a Bradbury, a Henlein...(l) Pero la realidad es aún peor. Mucho peor, se lo aseguro.

(1) Autores que con obras corno «1984» «Un mundo feliz», «Farenheit 451» o las visiones pesimistas y negativas de Roben Henlein, en diversos relatos suyos de ciencia-ficción, han coincidido en ver el futuro de la Humanidad con colores bastante negros. (N. del A.)

—¿Usted... también es un disidente?

—No. De serlo, no estaría ahora aquí. Soy un Adaptado —sonrió con amargura—. Es el nombre que nos dan a quienes no militamos en el Sistema, pero aceptamos sus normas sin objeción. Mis relaciones amorosas con Ullah estaban mal vistas.

—¿Por eso no contrajeron matrimonio?

—¿Matrimonio? —Warren se echó a reír con sarcasmo—. Por Dios, señor Lane. El matrimonio está prohibido en nuestra hermosa América del siglo XXI. La familia se limita a un hijo y una amante o compañera. Así funciona todo. No se toleran religiones formas políticas ni libertades personales ni colectivas. Todo lo controla el

Sistema, ¿va comprendiendo?

—Sí, por supuesto. Un feo mundo el que quiere darme a conocer, señor Warren.

—Muy feo. Pero el delito está erradicado totalmente. No hay ladrones, ni violaciones ni crímenes. Es el lado relativamente bueno del Sistema.

—Sin embargo, ha habido un crimen —Lane le miró fijamente.

—Sí. Es el primer delito. El único.

—Pero nadie lo ha investigado a fondo para castigarlo.

—No, nadie. Han mantenido total silencio al respecto, y el informe oficial sobre la muerte de Ullah ha sido ridículo: fallecimiento en circunstancias no aclaradas. Prometieron investigar. De eso ya hace semanas. Y nadie ha intentado averiguar nada. Un asesino anda suelto por un mundo donde el delito no existe. Deseo que sea aprehendido y castigado. Sea como sea. O ese monstruo cometerá más crímenes semejantes, estoy seguro.

—Habrá dificultades —señaló Lane—. ¿Cómo justificaré yo mi presencia en un mundo que no es el mío, señor Warren?

—Todo está preparado en ese sentido —sonrió éste—. En un determinado lugar, nos esperan ropas e identificación falsa para usted.

—¿No será demasiado arriesgado, en un sistema policial tan severo?

—Existe el riesgo, es cierto. Pero confiaba en que usted lo aceptaría, ante un caso único en los anales del crimen mundial, cuyos honores le corresponden a usted.

—Unos honores todavía demasiado dudosos, señor Warren —suspiró Stewart. Lane—. Pero le confieso que jamás renunciaría a una aventura tan fascinante por muchos que fuesen los riesgos. ¿Dónde está su... su «máquina del tiempo»?

—No existen «máquinas del tiempo» —rechazó Warren, escandalizado—. Esos son recursos novelescos, señor Lane. Venga conmigo hasta Westminster Bridge, por favor. Es todo lo que tiene que hacer.

—¿Seguro? —dudó Lane, mirándole con perplejidad.

—Seguro —asintió su interlocutor, moviendo con energía la cabeza.

—Bien —Lane se puso en pie—. Adelante, señor Warren. Iniciemos ese fantástico viaje al futuro, al siglo XXI, en busca de un misterioso asesino descuartizador...

CAPITULO II

Todo ocurrió como Warren habla dicho.

Realmente, nunca imaginó Stewart Lane que un viaje en el tiempo pudiese ser así

Y, sin embargo, sólo unos instantes después, supo que se hallaban en otra época. Aunque en el mismo lugar m que iniciara el extraño viaje: el puente de Westminster, frente al Parlamento y el Big Ben, sobre las aguas del Támesis.

Momentos antes, ambos hombres se hablan inclinado sobre la barandilla, mirando a las aguas. El frío viento agitaba sus ropas, y empezaba a caer una fina llovizna helada, presagio de nieve.

—¿Qué hacemos aquí, exactamente? —habla peguntado Lane mirando en torno, y empezando a pensar si, efectivamente, estaría en un grave error y, por primera vez en su vida, alguien había sido capaz de engañarle y estaba siguiendo la corriente a un chiflado.

—Esperar,

—Esperar… ¿qué?

—Él momento preciso —señaló hacia el reloj del Parlamento.

El Big Ben señalaba exactamente las seis menos cinco minutos de la tarde. Ya oscurecía con rapidez, y las luces del alumbrado público comenzaban a brillar en las márgenes del río. El reloj del Big Ben se iluminó, lo mismo que los oscuros perfiles tradicionales del Parlamento británico.

—¿Qué momento es ése? —quiso saber Lane, ceñudo.

—Las seis en punto. La hora del viaje.

—¿Forzosamente a las seis?

—De la tarde o de la madrugada, sí. Es el tiempo automáticamente fijado para el retorno. No se puede alterar una vez señalado previamente. Es… es como un resorte que sólo se dispara a la hora precisa que se programó.

—No veo resortes por ninguna parte —se quejó Lane, subiéndose el cuello de su sobretodo de mezclilla—. Hace mucho frío, está empezando a nevar y… no entiendo cómo podemos viajar así, desde aquí a ninguna parte, señor Warren.

—Confíe en mí. Este es el lugar y la hora. En cuanto empiecen a sonar las campanadas del Big Ben, esté preparado. No se mueva ni hable. Será el momento de iniciar el gran salto hacia adelante en mi compañía.

Lane parecía indiferente por vez primera. Había aceptado una historia fantástica como algo real y posible. En todo momento, su instinto profesional le había dicho que aquel extraño individuo que decía llegar del futuro, decía la pura verdad y era totalmente sincero con él. Ahora, sin embargo…

Ahora tenía sus dudas. Siguió albergándolas hasta el momento preciso en que el reloj empezó a desgranar sus tradicionales

campanadas de los cuartos, previos a las seis más solemnes de la hora.

Miró Lane su propio reloj. Las seis en punto. Warren hizo lo mismo y suspiró.

—Lástima —dijo, sonriente—. La exactitud británica no siempre es cierta. Su reloj va diez segundos adelantado. Aún no es el momento. Pero esté a punto. No se mueva. No hable, vea lo que vea, señor Lane, y sienta lo que sienta, se lo ruego.

—No noto nada aún —dijo él secamente. Y las campanadas de las seis empezaron a sonar.

De pronto arrugó el ceño. Sobre el río, se había formado de pronto una especie de neblina extraña. No pudo evitar un comentario:

—Creí que ya no teníamos niebla en...

—¡Chist, por favor! —le apremió Warren, implorante—. *Ahora*, sí. Es la hora.

Calló, mordiéndose el labio. La mancha de niebla flotaba sobre ellos. Les envolvió lentamente. Se hizo densa, corno en los viejos tiempos en que la contaminación y el *smog* asfixiaban a los londinenses.

Obedeció las instrucciones misteriosas de su cliente. No habló. No se movió. Sintió repentino frío. Luego, una sensación de mareo. Era como si, de repente, dentro de la nube de bruma, estuviera desplazándose su cuerpo hacia alguna parte. No podía ver nada. No sabía nada. Una profunda sensación de aturdimiento le invadió, y casi perdió la noción de todo, incluso de sí mismo.

Luego, tan bruscamente corno brotara, la niebla se dispersó. Lane respiró hondo. Miró a su interlocutor, apoyado en la barandilla del puente, junto a él, mirando a las aguas del río.

—¿Qué ha ocurrido, señor Warren? —indagó—. Veo que seguimos en el mismo sitio, que todo sigue igual... y ya pasan dos minutos de las seis en el Big Ben...

—Exacto —sonrió Warren, asintiendo—. Pasan dos minutos del día 10 de octubre del año 2026, señor Lane. Bien venido a mi época. ¿Ha sido incómodo el viaje?

—¿Se ha vuelto usted loco? —gruñó el detective, irritado—. ¿Qué viaje? No nos hemos movido de aquí...

—No nos hemos movido de Londres ni del Westminster Bridge, señor Lane. Yo nunca dije que iba a encontrarme en Nueva York al término de este viaje, sino simplemente en el futuro, cincuenta años más tarde... *en el mismo lugar*, naturalmente.

—Pero... pero eso no es posible: Todo está igual. No hemos podido cambiar de época ni de nada. Yo...

Lane se interrumpió de repente. Elevó sus ojos al cielo. Una extraña máquina voladora, oval, pasó rauda sobre Londres, dejando

tras de sí una estela luminiscente de tenue color azul. Era una nave aérea sin alas, provista de dos hileras de ventanillas encendidas.

Luego, descubrió que la iluminación del Parlamento no era la que le era familiar. Una especie de espejos suspendidos en tomo al edificio, proyectaban una claridad muy parecida a la solar, aun en plena tarde.

—Ha visto usted un disco trasatlántico de las rutas intercontinentales —rió Warren—. Y está viendo la iluminación de Londres mediante paneles solares. Vea aquel taxi que cruza Victoria Embankement, por favor…

Lane miró en la dirección que le señalaba su acompañante. Lanzó una interjección de sorpresa suprema. Y supo, ciertamente, que Warren, el misterioso y sorprendente señor Warren, decía la pura, verdad. Su instinto no le habla engañado.

Si aquello era un taxi, como parecía, correspondía sin duda alguna a otra época muy distinta a la que él conocía. Una, época en que los viejos y pesados automóviles negros, los tradicionales taxis de Londres, hablan pasado a ser como aquel vehículo extraño que pasaba veloz por el embarcadero. Negro reluciente, con el escudo de la ciudad y una luz roja con el rótulo visible de la palabra «taxi», se deslizaba sin tocar el suelo, a poca altura sobre el pavimento, sibilante, aerodinámico y estilizado. Sin duda, una nueva energía lo impulsaba, sin necesidad de ruedas ni contacto directo con el asfalto.

Por sí eso fuera poco, bajo el puente pasó veloz una embarcación propulsada por turbinas, ligera y silenciosa, remolcando una pesada carga sin problemas. Una estela que quedó en la superficie del Támesis fue la huella de su paso vertiginoso.

Lane miró a su acompañante. Warren sonrió, afirmando con la cabeza.

—Sí, amigo mío —murmuró—, Este es otro tiempo. El petróleo se agotó hace ya lustros enteros. No existe la gasolina ni los motores convencionales de entonces. Otras formas de energía suplieron a. aquélla. Otros medios de locomoción conducen al hombre del siglo XXI.

—El siglo XXI… —repitió el detective—. De modo que es cierto, hemos viajado hasta él usted y yo…

—Así es. Nos queda la segunda parte del viaje: el vuelo transoceánico, para llegar a los Estados Unidos. Seguimos en Londres, como habrá visto. Viajar en el Tiempo no significa necesariamente viajar en el espacio. Uno debe empezar y terminar el viaje en el mismo punto inicial

—Y sin máquina del tiempo…

—Ya le dije que no existen esas hipotéticas máquinas. No puede desplazarse de una época a otra cuando conoce el procedimiento,

pero sólo tres veces en una vida entera, con la obligación ineludible de regresar.

—¿Y si no se desea ese regreso?

—Hay quienes se ocupan de obligarle a uno a efectuarlo, señor Lane. Ya sabrá cómo en su momento... Recuerde que no estamos en un mundo democrático como el que usted conocía. Esto es... otra cosa,

—¿Incluso aquí, en Inglaterra? —se estremeció Lane.

—No, no exactamente igual que en los Estados Unidos. Pero por las trazas, ese poder totalitario se extenderá por el mundo entero paso a paso. La Federación Europea de Naciones, fundada en al año 1998, siempre ha mostrado su recelo contra el Nuevo Sistema americano y se dictadura actual. Ese recelo está justificado. Ya se van infiltrando en toda Europa las juventudes militantes del Nuevo Sistema americano, con su demagogia, sus atentados, sus campañas de terror y de proselitismo, que terminarán sin duda por hacer tambalear a los gobiernos federales europeos.

—Un peligro a escala mundial, ¿eh? Algo así como el nazismo, el fascismo o el comunismo...

—Peor. Mucho peor que todo eso, señor Lane —suspiró Warren, echando a andar por el Westminster Bridge—. Creo que tendrá ocasión de ver todo eso por sí mismo muy en breve. Vamos, hay que tomar cuanto antes el siguiente vuelo transoceánico con destino a Nueva York.

—Me temo que no tenga dinero para viajar con usted tan lejos —sonrió Lane—. Ni mis ropas tampoco serán las adecuadas...

—No se preocupe. Cerca de aquí arrendé un apartamento al llegar de los Estados Unidos. Allí he dejado ropas, «créditos», su falsa tarjeta de identidad de esta época, y dos billetes Londres-Nueva York para el transoceánico. Todo lo tenía bien previsto.

—Parecía muy seguro de que iba a seguirle en esta aventura, ¿no, señor Warren?

—Sí. En realidad, sabía que si el detective privado Stewart Lane era como la Historia habla de él, vendría conmigo al futuro. Y así ha sido.

—El futuro... —Lane meneó la cabeza, mirando de nuevo el panorama londinense, la presencia sobre los tradicionales edificios de dos o tres altas torres desconocidas para él, da moderna y extraña estructura—. Dios mío, — pensar que estoy ahora en un mundo que tardará cincuenta años en existir, en relación con mi vida y mí mundo...

—Así es. Procure no mostrarse sorprendido por nada de cuanto vea. Un exceso de extrañeza por su parte, podría resultar sospechoso.

—Lo intentaré, pero no es fácil adaptarse a una época diferente de la propia.

—Lo sé. He sentido asa experiencia cuando recorrí las calles de Londres en busca suya, poco antes... es decir, hace cincuenta años —rió Warren irónicamente, tomándolo de un brazo amistosamente—. Aunque sabía lo que me esperaba, porque he estudiado los tiempos anteriores, los coches, la luz eléctrica tradicional, y todo lo que para usted es normal, me sorprendía y desorientaba.

—Una vez oí algo parecido en una obra teatral —asintió Lane, pensativo, caminando hacia el lado Oeste del río—. Era en *Berkeley Square*, de Balderston (1). Pero nunca pensé que pudiera ser nada más que un divertimento literario o una pirueta filosófica.

---

(1) Balderson escribió una obra dramática «Berkeley Square» sobre un terna de Henry James, en que el Tiempo juega un importante papel, lo mismo que en el citado más tarde, de la obra de Mark Twain referente a otro viaje en el Tiempo por parte de un yanqui de Connecticut a Camelot. En la obra de James, se trata del intercambio de papeles de dos personas de la misma familia, separadas por dos siglos en el Tiempo. (N. del A.)

—Nosotros, en Connecticut, también sabemos algo de eso —rió Warren, evocando sin duda su niñez—. Allí leí hace muchos años «Un yanqui en la Corte del Rey Arturo», de Mark Twain. El tema era similar, como supongo que sabe muy bien...

—Sí, por supuesto. El Tiempo siempre ha fascinado a los escritores —Lane observó el paso vertiginoso, frente a él, en Bridge Street, de otro taxi aerodinámico, suspendido sobre al asfalto, con una silenciosa propulsión a turbinas. También iba advirtiendo que las luces del alumbrado callejero ya no eran eléctricas, sino da una claridad intensa, dorada, que bañaba de luz las calles.

—Ya veo que le sorprende esa luz —sonrió Warren—. Es también energía solar importada de países mediterráneos, grandes productores de tal medio energético, como Italia, Francia, España y los países norteafricanos adscritos como miembros asociados a la Confederación de Estados de Europa. Ya le dije que los orígenes de la energía actual son ya muy diferentes a cuanto usted conoció. Las centrales nucleares se ocupan de la industria y otros procedimientos, aunque con otra clase de sistemas menos peligros y de riesgo radiactivo prácticamente nulo. Los ecologistas ya no tienen nada que temer ni atacan los nuevos sistemas energéticos, totalmente limpios.

—Evidentemente, el mundo ha cambiado mucho, y no siempre en forma negativa.

—No, no siempre, señor Lane. Todo tiene siempre un lado bueno y otro malo. Los Estados Unidos siguen siendo, hoy más que nunca, los grandes árbitros mundiales, la superpotencia a quien todos respetan. Pero ahora, además, la temen. El Nuevo Sistema tiene la culpa de ello. ¿No le asusta meterse en semejante avispero,

amigo mío?

—Si me hubiera asustado, no estaría ahora aquí, en... en el siglo XXI con usted —sentenció irónicamente Stewart Lane.

—Eso es cierto, muy cierto. Perdone. No volveré a hacer preguntas necias. Venga. Por ahí, siguiendo hacia Victoria Street, estaremos en seguida en el apartamento que alquilé. Y espero que para las ocho y media de esta misma noche, volemos ya sobre el Atlántico, rumbo a Nueva York...

Segunda Parte

FUTURO

CAPITULO III

No era, ciertamente, un Nueva York amable el que Stewart Lane encontró a su llegada a la ciudad de los rascacielos que él conocía de modo muy distinto, allá en la séptima década del siglo XX.

Rígidos controles policiales, patrullas da agentes uniformados de negro, con cascos de igual color y poderosos fusiles ametralladores de complejo diseño y posiblemente aniquiladores proyectiles, deambulaban por doquier, en formaciones de cariz militar, rígidos y severos. Incontables ojos electrónicos y detectores, invadían calles, edificios e incluso las pistas de un ultramoderno aeropuerto habilitado para el despegue y aterrizaje de las actuales naves, todas ellas propulsadas por energía desconocida para él, y por silenciosos motete que podían desarrollar velocidades inconcebibles, con la mayor seguridad y sin que el interior de las aeronaves se notase nada en absoluto.

Por fortuna, su tarjeta de identificación pasó el control sin problemas, evidenciando su perfecta falsificación. Le ayudó mucho también la presencia de Lorna para salvar la situación sin problemas.

Lorna era una mujer atractiva y sorprendente. Les estaba esperando en el aeropuerto de Nueva York. Warren ni siquiera le había hablado de ella aún. Lo hizo al hacer las presentaciones, camino de uno de los aerotaxis que prestaban servicio en el exterior del antiguo Aeropuerto Kennedy, ahora llamado Aeropuerto Zoltan. Lane no preguntó quién era Zoltan, aunque imaginó que se trataría de algún héroe de la futura guerra o del Nuevo Sistema.

—Esta es Lorna, la hermana de Ullah —presentó Warren—. Lorna, aquí tañemos a Stewart Lane.

—De modo que lo conseguiste... —sonrió ella, estrechando la

mano de Lane.

—Fue más sencillo de lo que imaginaba —admitió Warren jovialmente.;

—No me había hablado nada de Lorna —comentó Lane—. Es una joven muy bella.;

—Gracias —dijo la joven, mirándole con interés—. ¿Sabe qua es el primer hombre que llega del pasado, Lane?

El asintió, pensativo, sin dejar de estudiar a la muchacha. Era pálida, de suaves facciones, ojos muy azules, y cabello dorado. Hubiese parecido cualquier muchacha del Siglo XX, de no ser por su extraño peinado y su indumentaria de un raro tejido metalizado y modelo sorprendente. Pero el propio Lane vestía ahora como todos ellos, unas ropas de materia mitad plástica mitad metalizada, aunque liviana y flexible, que le convertía en uno más entre los seres de su futuro.

—Espero que sea para algo útil —dijo el detective inglés.

—¿Sabe ya lo de Ullah? —preguntó Lorna.

—Por completo —afirmó Lane—. Fue un crimen atroz.

—Pero nadie hace aquí nada por investigarlo. Es más, se ha silenciado en los noticiarios, tal vez para que nadie sepa que con el Nuevo Sistema también suceden cosas así.

—¿Es usted también disidente? —quiso saber Lane.

Ella le miró con fijeza. Sus ojos azules centellearon. Parecía en guardia ahora. Pero luego negó con la cabeza, echándose a reír.

—Todo lo contrario —manifestó—. Soy funcionario del Estado, Lane.

El detective mostró su perplejidad. Miró de soslayo a Warren. Este aclaró:

—Lorna es leal al Nuevo Sistema, Lane. Mi viaje al pasado y su viaje a esta época son ilegales. Sin embargo, ella colabora por una sola razón en todo esto.

—¿Cuál?

—Hacer justicia. Saber quién asesinó a su hermana Ullah. Sabe que la policía no hará nada por descubrirlo.

—Entiendo. Pero si descubren su papel, en esto, usted también peligrará. Loma.

—Nadie puede descubrirlo si yo no quiero —sonrió ella llena de seguridad en sí misma—. Yo soy jefe del Servicio de Informática y Control Ciudadano. Si yo no informo a las computadoras de ciertos hechos, éstos oficialmente nunca llegan a existir. Eso sucede con su viaje y el de Sidney al pasado. Pero no permitiré otras irregularidades ni ilegalidades. Sólo las precisas para dar con un asesino tan peligroso.

—Está bien —suspiró Lane—. Políticamente, yo estaré al

margen ele todos sus problemas. No esperen de mí ideas disidentes o de lealtad a nadie. Sólo haré lo que en conciencia, como investigador y respetuoso con la Ley, esté obligado moralmente a hacer.

—Sabía que diría algo así —dijo ella con un asentimiento—. Estoy en todo de acuerdo con usted, Lane. Sea bienvenido al siglo XXI y a nuestro país.

—Gracias. Ojalá sea así —dijo el detective, no demasiado confiado.

—Ahora, hablaremos de los sospechosos.

—¿Sospechosos? —repitió Lane, con un rápido pestañeo.

—¿Sospechosos? —repitió a su vez Warren, también sorprendido.

—Han ocurrido cosas desde que te fuiste a Londres, Sidney —afirmó ella—. Tenernos dos sospechosos. Y una persona dispuesta a ayudarnos también.

—Eso es toda una sorpresa para mí, Loma. ¿Cómo sucedió?

—Hablaremos de ello donde nadie pueda oírnos —dijo ella con cautela, tras cruzar una de las bandas móviles de traslado de viajeros, y alcanzar el aparcamiento de aerotaxis, en uno de los cuales se acomodaron, dando ella una dirección urbana al conductor del mismo. Luego, señaló con disimulo hacia los ángulos de la cabina donde viajaban.

Stewart Lane comprendió fácilmente. Desde aquellos ángulos, ocultos sistemas electrónicos muy sofisticados y fieles sin duda algunos, controlaban a cada viajero y grababan su conversación.

Lane se dijo que no debía olvidar en momento alguno que acababa de entrar en una nueva sociedad americana muy distinta a aquella otra de las libertades democráticas de otros tiempos. Era como entrar en un mundo de pesadilla, en una de aquellas siniestras utopías imaginadas por los escritores de su tiempo. Sólo que esto no era ficción literaria, sino fría y amenazadora realidad.

Si. Tendría que tenerlo muy presente en todo momento, si quería llegar a salir vivo de aquella época y regresar sano y salvo a la suya propia alguna vez.

* * *

—Estos son los sospechosos —dijo Lorna—. Y éste el hombre que puede ayudarnos.

En la pantalla de la computadora aparecieron imágenes. Primero, las de dos personas en cuyas fotografías se habían anotado electrónicamente una serie de cifras y datos en clave, Después, otra imagen sin anotación alguna, de un hombre de mejor catadura que

los dos anteriores.

—¿Quiénes son ellos, exactamente? —preguntó Warren, ceñudo.

—Los sospechosos han sido seleccionados por esta máquina tras un largo proceso de análisis de posibilidades y grao acopio de datos proporcionados a su «memoria». El resultado está ahí: cualquiera de esos dos hombres pudo asesinar a Ullah.

—¿Por qué precisamente ellos? —quiso saber Lane.

—Porque reúnen todas las condiciones para ser culpables de un hecho así. Son hombres no sólo capaces de hacerlo, sino que tuvieron la oportunidad y responden a todas las exigencias programadas. Había otro número más amplio de sospechosos. Pero unos están ausentes del país, otros han fallecido, otros están cautivos en centros de represión o rehabilitación política, y otros no pudieron materialmente cometer el delito por falta de oportunidad, ocasión y demás condicionamientos previos al acto material en sí.

—Todo eso, supongo, según la computadora.

—Exacto —ella pareció orgullosa de su tarea en el campo de la cibernética. Casi acarició a la máquina reducida pero compleja que tenía en su domicilio—. Es la más perfecta de todas. Puede incluso desconectarse de la terminal general que controla el Estado, como sucede en estos momentos para evitar que nadie nos controle a nosotros, y si se le alimenta de los datos precisos, puede obrar verdaderas maravillas.

—Menos detener al culpable y probar su delito —señaló Lane, irónico.

Loma pareció ligeramente irritada. Lo miró con disgusto.

—No cree usted en las máquinas, ¿verdad? — murmuró.

—Sólo hasta cierto punto. Nuestro propio cerebro es una máquina, Loma. La más perfecta que he conocido, la verdad. Prefiero confiar en ella que en computadoras, aunque no por ello desdeñe las ayudas de la Ciencia. Sólo que les concedo a esas ayudas un porcentaje escaso del éxito final en algún asunto, no la totalidad del mismo.

—Bien, piense lo que quiera, Pero sin esta maquinaria no tendríamos sospechoso alguno, ¿se ha dado cuenta?

—Veamos por qué esos dos hombres son sospechosos, con exactitud.

—Porque ambos son criminales natos, asesinos en potencia, capaces de mutilar a una mujer. Uno de ellos, Lane, es empleado de los mataderos de la ciudad, y rechaza los métodos mecánicos para sacrificar las reses, prefiriendo el hacha o el cuchillo, que utiliza con gran maestría. Se ha probado que es violento, agresivo, y que odia a las mujeres hermosas. Agredió a dos en ocasiones distintas, aunque

no pudo dañarlas seriamente. Su nombre es Whitey Dodds.

—¿Y el otro?

—Un caso radicalmente opuesto. Barón Van Dyke, Alen Van Dyke. Se concedieron baronías por vez primera en los Estados Unidos al terminar la Tercera Guerra Mundial El barón Van Dyke fue uno de los nuevos aristócratas americano. Rico, dueño de propiedades y una gran fortuna, cazador y deportista. Hombre frío duro, cruel y de sádicas inclinaciones. Gusta despedazar lentamente a animales vivos cuando los caza. Incluso se sospecha que tres criadas suyas que desaparecieron sin dejar rastro, pudieron seguir igual camino. Pero sólo es una sospecha que nuestra policía jamás pudo probar. Los barones disponen de ciertos privilegios que les mantienen apartados de ciertos riesgos, como la investigación policial, el registro de sus propiedades y cosas así, y gozan de inmunidad absoluta hasta que se puede probar contra ellos algo grave, sin lugar a la más leve duda.

Lane asintió, volviendo a mirar el rostro ancho, brutal, del matarife Dodds, con sus cabellos negros y revueltos y sus estrechos ojos oscuros, para pasar posteriormente a la faz delgada, angulosa y fría del aristócrata Van Dyke, con sus ojos grandes y muy azules, de redondez semejante a la de los peces, boca delgada y prieta, cabellos rubios y escasos, y aire autoritario y distante.

—Bien —murmuró Lane, frotándose el mentón—. Parecen encajar los elegidos por su preciosa máquina, Lorna. Ahora, veamos al caballero que tanto puede ayudar.

—Sus ironías no me afectan —silabeó Lorna, que sin embargo no disimuló cierto enfado hacia el detective inglés—. Aquí lo tiene. Es el profesor Lamont De Wilde, el mejor criminólogo y psicólogo de la época y uno de los mejores de todos los tiempos. Autor de teorías y estudios científicos precisos sobre la mente criminal, las motivaciones biológicas del asesino o del delincuente en general, y el estudio profundo de las zonas de conducta del cerebro humano, como vía para preveer el crimen y para regenerar al criminal en potencia, entre otras cosas.

—Eso ya cambia —admitió Lane, con grata sorpresa, estudiando el rostro suave y sereno del hombre de pelo plateado, ojos inteligentes y vivos, provistos de lentillas que apenas si eran perceptibles, salvo por cierto apagado matiz en sus pupilas, sonrisa fácil y aire abstraído, típico del hombre de ciencia—. Me gusta el profesor a primera vista. Y su trabajo también.

—Tiene una ayudante leal en sus trabajos. Lane —señaló Lorna, pensativa—. Su joven amante la doctora Tessa Nedwell.

Otra imagen apareció en pantalla. Lane se mostró sorprendido gratamente. Contempló un bellísimo rostro de mujer joven,

inteligente de expresión, labios gordezuelos y mirada vivaz, con cabellos lisos de suave color rojizo. Los ojos tenían un fantástico matiz violeta realmente bello. Una compañera demasiado joven para el profesor, evidentemente.

—Es muy hermosa —admitió Lane—. Casi tanto como usted, Lorna.

—Muy gentil, Lane —sonrió ella, halagada, pareciendo olvidarse de su irritación hacia el detective—. Pese a su juventud, es una eficaz colaboradora del profesor, doctorada en psicología y en psiquiatría criminal. Al decirle que había un hombre que podía ayudarnos mucho, implicaba en esa posible ayuda también a su hija.

—Mejor contar con dos cerebros que con uno, a la hora de hallar ayudas —admitió Lane—. Ahora, veamos los hechos en sí. ¿Cómo se desarrollaron los acontecimientos que llevaron a la muerte a su hermana, Lorna?

—Eso, la computadora nos lo dirá con exactitud —suspiró ella, pulsando unas teclas—. Todo se ha registrado ahí y la máquina ha escenificado electrónicamente lo ocurrido. Véalo, por favor.

Se iluminó una pantalla. Lane se removió incómodo, mirando aquel rectángulo iluminado, donde unas figuras trazadas electrónicamente, comenzaron a moverse, como en una filmación hecha con simples siluetas de distintos colores. Se dijo que era como asistir a los acontecimientos, fríamente reproducidos por un cerebro mecánico, y no le gustó la idea. Pero siguió los hechos en la pantalla.

Y así presenció Stewart Lane, el asesinato de Ullah, la hermana de Lorna y amante de Sidney Warren.

CAPITULO IV

Ullah era la silueta azul El asesino, la silueta roja. El escenario, un rectángulo de luz verdosa como fondo inmaterial e inconcreto. Se trataba solamente de una reproducción de acontecimientos realizada por la computadora.

Ese recreamiento, o reconstrucción cibernética resultó de una fidelidad espeluznante, Stewart Lane no apartó ni un momento sus ojos de la pantalla, mientras se acariciaba de forma mecánica su barbilla con una mano, y con la otra tabaleaba suavemente en el brazo de su butaca. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo por no pedir cigarrillos a alguien. No existían los cigarrillos en el siglo XXI. El tabaco había sido proscrito en los Estados Unidos por el Nuevo Sistema, basándose en motivos de salubridad. Warren le había informado poco antes que consumir tabaco de cualquier forma,

significaba un delito por el cargo de atentado contra la salud pública.

Para un fumador de 1976, era difícil amoldarse a esas normas severas de una época futura, en la que el individuo había pasado a ser, como temían los pesimistas, una simple cifra, un número sometido a leyes implacables y severas.

En la pantalla, los hechos discurrían con matemática precisión. La figura roja se movía, con un hacha en la mano, perfectamente perfilada por los trazos electrónicos. Avanzaba a espaldas de la figura azul. Ullah —su silueta magnética en la pantalla, claro, se volvía de repente. Alzaba sus brazos ante la agresión. Esta, sin embargo, se producía.

Resultó escalofriante. Un brazo de la «víctima» saltó lejos. La figura osciló hacia atrás. La silueta roja atacó con mayor energía. Otro brazo saltó del cuerpo, en terrible mutilación. Luego, el cuerpo rodó por el suelo. El hacha siguió cayendo, implacable, demoledora. El asesino —la figura roja en la pantalla— parecía recrearse en su labor, desarrollada con inexorable violencia y precisión. Fragmentos del cuerpo azul saltaban por doquier. La espantosa escena terminó con una decapitación brutal, fría y premeditada. Luego, las figuras se inmovilizaron. Finalmente, la silueta roja inició un mutis definitivo de la escena reproducida en pantalla.

Se apagó ésta. Un silencio tenso, angustioso casi, se produjo en la cámara donde asistieran a esa reproducción de los sangrientos hechos. Warren jadeó, ocultando el rostro entre sus manos. Lane captó un sollozo en sus labios. Miró a Lorna. Pese a su serena frialdad habitual, la hermana de Ullah estaba lívida, su rostro tirante y los ojos húmedos y brillantes.

—Bien… —suspiró Lane, incorporándose lentamente—. ¿Es fiable esa reconstrucción, Lorna?

—Totalmente —asintió ésta con voz apagada.

—En ese caso, no parece haber dudas al respecto: estamos frente a un maníaco homicida. Nada sexual, por lo que hemos visto. Sólo ansias de matar. Un paranoico, sin duda.

—Estamos de acuerdo —asintió Lorna, sombría—. Pero, ¿quién de esos dos hombres?

—¿Se refiere a Whitey Dodds y a Allen Van Dyke? —Lane se encogió de hombros—. Podría ser otro cualquiera. Las máquinas también pueden equivocarse.

—Yo no lo creo.

—Está bien, no discutamos de nuevo ese punto. Debemos buscar a un enfermo mental No hay otro motivo aparente para una agresión tan brutal, tan despiadada. Viendo esa imagen, el asesino parecía mostrar su gozo al ensañarse en la indefensa víctima.

—Dios mío, si lo tuviera un momento en mis manos... —silabeó Warren.

—No puede tomarse la justicia por su mano —comentó Lane secamente—. Se trata de que la ley le castigue, si es culpable intencionado. Si es un enfermo peligroso, debe ser recluido donde no cause daño a nadie.

—De todos modos, ya sabemos cómo sucedió todo —fue el comentario de Loma—. ¿Le ha servido de algo, Lane?

—Sólo para sacar dos conclusiones: el asesino es un maníaco. Y el asesino es un experto con el hacha en la mano.

—Dodds es carnicero, matarife o algo así, ¿no? —sugirió Warren cansadamente.

—Sí. Y el barón Van Dyke mutila animales al cazarlos —replicó Lane, pensativo—. Eso nos sitúa a ambos personajes, si realmente son los únicos sospechosos posibles en todo ese Estado, a un cincuenta por ciento de posibilidades cada uno.

—¿Qué piensa hacer entonces, Lane? —quiso saber Loma.

—Ante todo, hablar con una autoridad en la materia, como es el profesor De Wilde —sonrió Stewart Lane con tristeza—. Es el primer paso, después de todo. Supongo que la psiquiatría y el estudio de la criminalidad habrán avanzado mucho últimamente, y el profesor puede sernos sumamente útil con su punto de vista...

—Sin olvidar a Tessa Nedwell por supuesto —añadió Loma.

—Oh, por supuesto. Ambas personalidades, dada su especialidad, pueden orientarnos más fácilmente hacia verdadero asesino —admitió Lane—. Aunque, por supuesto, yo sólo me fío de mi propio criterio, una vez reunida la información necesaria.

—Lo sé, Lane —asintió Warren—, Por eso acudí a usted. Por eso confío ciegamente en el mejor detective viviente de todos los tiempos.

—Muy amable —suspiró el investigador inglés—. Pero aguarde al final de este caso para ser tan rotundo en sus elogios, amigo mío.

—No necesito esperar ese tiempo, sea breve o largo, amigo Lane —dijo Sidney Warren con energía—. *Sé* que usted encontrará al culpable aunque se oculte en los infiernos o más allá de lo imaginable.

Lane se limitó a encogerse de hombros, sin comentar nada. Mi siquiera él, con toda su perspicacia y agudo instinto, hubiera sido capaz en ese momento de comprender que las palabras de Warren eran casi proféticas y estaban anticipando algo que realmente iba a producirse.

El detective inglés y su cliente eran incapaces de imaginar que se enfrentaban a un asesino tan despiadado como insólito, a un ser fuera de lo corriente como las circunstancias mismas que rodeaban al cliente de Lane y al viaje de éste al Futuro.

* * *

El profesor Lamont De Wilde resultó ser tal y como lo viera previamente en la pantalla de la computadora de Lorna, Afable, cortés, vivaz e inteligente, y de edad bastante avanzada para una compañera —la «esposa», como tal, estaba suprimida de la despótica legislación materialista del Nuevo Sistema, no debía olvidarlo en ningún momento—, era perceptible su cultura, su profundo conocimiento de la psicología y de la criminalidad como especialidades de su investigación científica. Verdadero erudito en la materia, pronto «tuvo conversando con Lane ampliamente, sobre cuestiones profundas de la mente humana, de su condicionamientos y reacciones ante el crimen y la violencia, el sexo o la codicia.

—... Pero todo ello, mi querido señor Lane, imagino que ya debe ser conocido por usted, si como me dice en su carta de presentación oficial del Departamento de Control y Estadística del Estado de Nueva York, su especialidad es la investigación criminalista concluyó con sonrisa amable el profesor De Wilde.

Stewart asintió con un leve movimiento de cabeza. Observó que los ojos color violeta, de sorprendentes reflejos tornasolados al recibir la luz de la sala donde el científico le recibía estaban fijos en él con intensa curiosidad e interés.

—En efecto, profesor, ésa es mi especialidad —admitió Lane—. Pero no soy exactamente un erudito en su materia.

Simplemente, investigo el crimen por sí mismo, tratando de hallar al culpable, sea cual sea el comportamiento mental del mismo.

—Eso me recuerda viejos métodos —"frunció al ceño el profesor, intrigado—. En épocas pasadas existieron detectives, investigaciones privadas o policía judicial Eso no existe en nuestra época, usted lo sabe.

—Por supuesto. Pero me resisto a que tal especie desaparezca —sonrió Lane—. Por ello al margen de mis actividades profesionales para el Gobierno, ocupo mi tiempo libre en investigar a la antigua usanza, siempre dentro de las normas legales, por supuesto, sucesos como... como el asesinato de Ullah X., pongamos por caso.

—Ullah X... —repitió el profesor, enarcando las cejas y mirándole con viva curiosidad—. ¿Por que precisamente ese caso y no otro?

—Usted lo sabe bien: no existen apenas delitos criminales en nuestra época. Ese ha despertado mi curiosidad profundamente.

—También la mía, lo admito. Ullah era una hermosa joven, funcionaría del Estado en situación delicada. La sustitución de su

apellido real por la letra X, significa exactamente que se la considera «disidente» contra el Estado. ¿Lo sabía, no?

—Sí, desde luego. Pero ser disidente no significa tener que ser víctima de un loco homicida, ¿no, profesor?

—Oh, claro está que no —agitó una mano con expresividad. Luego entornó sus inteligentes ojos serenos y estudió a su visitante—, ¿Por qué ha mencionado la palabra *loco* señor Lane?

—Porque he llegado a la conclusión rotunda de que el asesino es un enfermo mental.

—Ya —el profesor De Wilde se mesó con lentitud los cabellos plateados—, ¿Simple teoría, o un hecho comprobado científicamente?

—Ya le he dicho que no soy un científico. Es una teoría. Sólida a mi juicio, pero pendiente de comprobación. Por eso estoy hoy aquí. Deseaba hablar de ello con usted y con su... con su compañera, la doctora Tessa Nedwell.

Ella mostró cierta extrañeza, quizás incluso algo de recelo, al vacilar Lane antes de pronunciar la palabra «compañera», y no la de «esposa», como cualquier británico educado hubiese hecho aun en presencia de una amante.

Pero su voz, al hacerle una pregunta suave, no reveló suspicacia alguna:

—¿En qué se basa exactamente, para considerar loco al criminal? —indagó ella,

—En varios detalles: primero, la virulencia con que no sólo atacó mortalmente a su víctima, sino en la forma minuciosa y precisa de la descuartización a hachazos. Segundo, en el hecho de una ausencia aparente de motivo: no hubo robo de nada valioso, no se abusó sexualmente de la víctima. Y no parecía haber motivos sentimentales, porque ella era la compañera habitual de un hombre llamado Sidney Warren, y nadie le conocía relación afectiva alguna con ningún otro hombre.

—Cabe la posibilidad de algún individuo que la amara sin ser correspondido —sugirió el profesor De Wilde, aunque su tono no era demasiado convencido al hacerlo.

—Por supuesto. Paro eso no excluiría la existencia de un desequilibrio mental lo bastante profundo como para considerar demente al asesino. Un criminal pasional se limita a matar a su amada, si los celos o el despecho le llevan a tal extremo, pero no a mutilarla concienzuda, minuciosamente, sin errar en cada golpe, mutilando como si estuviera realizando una labor fría y bien estudiada sobre un cuerpo humano que parece conocer a fondo.

—Estamos de acuerdo —era ella, Tesa Nedwell, quien afirmaba con rapidez—. He estudiado ese aspecto del caso. Usted va bien

encaminado, señor Lane. La forma de ir mutilando el cuerpo de la víctima, según el informe oficial que obra en nuestro poder, fue totalmente aséptico, casi quirúrgico.

—Lo cual nos lleva a una posibilidad: el asesino tiene nociones de anatomía. Y fuerza, seguridad y precisión en la forma de utilizar un hacha.

—Admitido eso, ¿adonde nos conduciría? —sugirió el profesor De Wilde.

—A un matarife, quizás. El cuerpo humano se asemeja bastante al de un animal.

—Los matarifes de nuestro tiempo ya no emplean las técnicas del pasado, señor Lane —le recordó Tessa con vivacidad, mostrando cierto brillo de perplejidad en el fondo de sus violáceas pupilas—. Hoy se usan medios sofisticados, limpios y nada sangrientos para sacrificar reses, ¿lo ha olvidado?

—No, claro que no. Pero sé de alguien que sigue apegado a esos viejos usos. Es un matarife profesional. Le gusta descuartizar con hacha y cuchillo todavía. Y lo practica en los mataderos, de un modo oficioso.

—Vaya… —el profesor se irguió, realmente interesado—. Ese podría ser un sospechoso ideal, señor Lane.

—Podría serlo. Pero también tenemos otra posibilidad: un hombre cruel, cazador habitual, que gusta de descuartizar a sus presas una vez cazadas vivas.

—Cielos, qué ser tan repugnante —se estremeció Tessa, con un pestañeo rápido—. ¿Es cierto que existe un hombre así?

—Existe. Barón Allen Van Dyke. Un nuevo aristócrata neoyorkino.

—Allen Van Dyke… —repitió el profesor, arrugando la frente—. Espere. Ese hombre es algo más que un aristócrata cruel que se ensaña con los animales, señor Lane.

—¿De veras? ¿Qué otra cosa puede ser? —se interesó Stewart.

—Fue médico cirujano —suspiró De Wilde apaciblemente, entrelazando sus dedos sobre el abdomen—. Curioso y significativo, ¿no es cierto?

—Mucho —Lane dominó su excitación—. Ignoraba ese detalle.

—Es un detalle que los informes oficiales del Estado ocultan celosamente —rió el investigador criminalista poniéndose en pie con parsimonia—. ¿Sabe la razón? Es un protegido del Estado. Un hombre influyente. Pero lo cierto es que tuvo que abandonar la Cirugía porque causó la muerte a tres de sus últimos pacientes a causa de la bebida. Y el alcohol oficialmente, está prohibido en nuestra sociedad, ¿va entendiendo?

—Sí, por supuesto —murmuró Lane—. De modo que se borró

ese informe de su ficha personal.,

—Así es, amigo mío —afirmó Tessa, apoyándose dulcemente en el hombro de su compañero—. Todo lo que estorba al Sistema se borra de las computadoras. Ni siquiera los altos funcionarios conocen los datos borrados de las fichas. Pero Lamont y yo tenemos nuestro propio fichero, mucho menos manipulado y más sincero que el oficial. De otro modo, nuestras investigaciones serían prácticamente imposibles… ¿Toma algo, Lane? Algo sin alcohol, claro está —concluyó sonriente—. Nos gusta estar dentro de la legalidad en todo momento.

—Algún zumo de frutas, gracias —aceptó Lane, sonriente, observando cierto desconcertante destello de astucia en los ojos color violeta de la hermosa joven.

Ella le sirvió el pedido, mientras el profesor De Wilde hacía unas anotaciones rápidas en una agenda electrónica, pulsando con rapidez el diminuto teclado. El pequeño adminículo recogió y almacené toda la información que su dueño le facilitaba. Luego, miró a Lane, pensativo.

—Vamos a hacer un análisis completo de esos dos sospechosos, conforme a la ficha que se posea de ellos —dijo—, Y no me refiero a leer simplemente lo que memorice una computadora, sino a hacer trabajar nuestra propia mente en el asunto, como supongo desea usted que se haga.

—Sí, profesor —sonrió Lane—. Gracias por su ayuda. Es justamente lo que esperaba de un hombre como usted… y de una colaboradora como la doctora Tessa Nedwell.

Ambos sonrieron. Hubo un zumbido en un comunicado y Tessa se disculpó, yendo a atender la llamada. Cuando regresó junto a ellos, venía ligeramente pálida, tras escuchar a su interlocutor. El profesor observó su alteración, preocupado.

—Tessa, querida, ¿ocurre algo grave? —se interesó.

Ella asintió, mordiéndose el labio inferior. Miró a su compañero y a Lane, antes de informar escuetamente:

—Era la Sección Informativa urbana —dijo—. Acaban de informar de… de un asesinato.

Lane se puso rígido. El profesor pestañeó, sobresaltado, y se movió inquieto.

—¿Un asesinato? —preguntó.

—¿Un asesinato? —repitió Lane.

—En efecto. Una joven ha sido asesinada y descuartizada por su agresor en una zona desierta de los muelles destinados a naves de pasaje submarinas, tras los embarcaderos destinados a flotillas anfibias de turismo. Al parecer, el crimen se efectuó con un hacha perfectamente manejada… La victima se llamaba Sharon Woods y

tenia veintidós años. Su profesión era presentadora de televisión familiar.

CAPITULO V

Sharon Woods había sido, evidentemente, una hermosa muchacha. Lane pudo percatarse ele ello con alguna dificultad, ya que el hacha asesina había convertido su hermoso cuerpo en simples fragmentos espaciados, sobre un reguero espantoso de sangre, en el suelo de asfalto plastificado de la zona de naves anfibias de turismo, al sur de Nueva York, en la llamada Zona K de la urbe.

Cabellos muy rubios, ojos intensamente azules, desorbitados ahora por la muerte y el terror, formas suaves y atractivas. De todo ello, el arma homicida había hecho una terrorífica carnicería en un radio de acción bastante amplio, hallándose dispersos los fragmentos humanos en una extensión considerable del muelle.

Lane, tras contemplar aquellos restos humanos, elevó los ojos hacia la urbe de los rascacielos, provista ahora de aeropistas, niveles de tráfico y zonas residenciales numeradas y controladas por el rígido sistema policial gobernante. Todo resultaba frío y deshumanizado en aquella época, pensó Lane, al ver la casi total ausencia de, peatones en las rutas urbanas, así como la rigidez de estructuras modernas que casi hacían clásica y hermosa la arquitectura del pasado, con todo su helado funcionalismo vertical.

Su mirada acabó por encontrarse con el hombre de la prenda negra y lustrosa, que permanecía en pie ante los restos humanos, cubierto con un cásco de plástico metalizado de igual color, y las siglas P.O. sobre una insignia provista de un águila plateada y un haz de rayos o cosa parecida. Sabía que ése era el emblema político del nuevo régimen americano. Y las iniciales correspondían a su cargo: Oficial de Policía, equivalente a un viejo capitán de División o cosa parecida, cuando aquello era una democracia, sólo cincuenta años atrás.

—Señor Lane, ya ha visto la escena del crimen y lo que queda de la víctima —dijo con voz glacial el policía contemplando a Stewart con fijeza—. ¿Qué tiene que decir?

—Nada todavía, oficial —respondió serenamente Lane, saliendo con dificultad del marasmo en que le había sumido la contemplación de aquel horror.

—¿Nada? —al policía neoyorquino, delgado y atlético, de facciones angulosas y duras pareció expresar cierta desconfianza y escepticismo—. Creí que cuando se traía de Inglaterra un detective especializado, sería para obtener rápidos resultados.

Lane no dijo nada. Sabía que Lorna Webb, la hermana de Ullah, había informado a las autoridades locales de la presencia en los Estados Unidos de un investigador especial, llegado de Londres, para ayudar a la ley a la captura del asesino del hacha. Como la primera víctima había sido una disidente, eso no fue del total gusto de la policía local. Pero ahora era distinto. Al parecer, la rubia belleza de Sharon Woods era muy apreciada por el estamento oficial, a causa de su labor de contacto habitual con los ciudadanos a través de la televisión, tarea que no era otra cosa que un bien planificado proselitismo entre el pueblo americano, en favor de una lealtad ciega hacia el Nuevo Sistema.

Según su tarjeta de identificación, después de todo, Lane era un visitante europeo con permiso de residencia legal en los Estados Unidos durante el plazo que las autoridades locales concedían en tales casos a los extranjeros. Su afán de investigar crímenes, mientras no afectaran a la jurisdicción policial, no importaban demasiado a las fuerzas de la Ley.

—Es pronto para que podamos exigir nada al señor Lane —opinó Warren, presente en la lúgubre escena de los muelles—. Pero tengo fe en el oficial Kellog.

El policía de indumentaria negra brillante, se encogió de hombros, caminado cerca de los diversos fragmentos de la víctima, que sus agentes iban cubriendo con plásticos para recogerlos posteriormente.

—Allá ustedes con ese criterio —silabeó poco amistoso—. Sólo espero que el señor Lane, como extranjero, no llegue a crearnos problemas. Para mí sería muy desagradable tener que expulsarle del país... encarcelarle por quebrantar las leyes.

Sidney Warren se estremeció. Evidentemente, conocía esos riesgos. Pero su voz estaba llena de confianza al replicar:

—No se preocupe, oficial Kellog. Respondo por él

—Mejor será que ni él ni usted me defrauden —habló abruptamente el llamado Kellog—. Aunque usted sea funcionario del Departamento de Ciencias del Estado, nadie olvida aquí que estuvo unido a una disidente, aunque ésta sufriera un desdichado final a manos de un asesino. Eso le colocaría en situación difícil si algo relacionado con un amigo o recomendado suyo complicase las cosas al Departamento de Actividades Oficiales, no lo olvide.

—Oficial Kellog, nosotros también podemos responder por el señor Lane —terció el profesor De Wilde, que acudiera con su inseparable Tessa Nedwell al escenario del crimen—. Mi amiga la doctora Nedwell y yo compartimos la confianza del señor Warren en este caballero inglés.

—Vaya... —el oficial de Policía Kellog estudió con recelo a

Stewart Lane, sonrió de un modo extraño y poco amistoso, y añadió, irónico—: Evidentemente, señor Lane, debe ser usted algo excepcional, para que personas del prestigio y respetabilidad del profesor De Wilde y la doctora Nedwell respondan por usted. Eso me tranquiliza un poco. Pero no se fíe demasiado. No pise mi terreno. Acostumbro ser mal enemigo, después de todo... Y si descubre algo importante, recuerde que está obligado a comunicarlo a mi Departamento.

—No lo olvidaré en ningún momento, oficial —aseguró Lane—. Mi ética en el trabajo siempre me permite colaborar con la policía, no estorbarla ni perjudicarla.

—Espero que sea así, y todo será mejor para usted, señor Lane —declaró el policía, alejándose su negra figura por los muelles de rígida estructura, justo cuando una larga, blanca y estilizada nave anfibia partía de uno de los embarcaderos de turismo flotando unos instantes sobre el mar, antes de sumergirse con la facilidad con que lo haría un delfín. Momentos después, para asombro de Stewart Lane, la nave de modernísima factura se hallaba a gran profundidad bajo las aguas del río.

—Se ha repetido el crimen, punto por punto —susurró Warren, sombrío—. ¿Qué está pensando de esto, Lane?

—Simplemente lo que veo: el asesino es un demente peligroso, de enorme crueldad y gran experiencia en descuartizar cuerpos humanos. Observe las mutilaciones: ni un hachazo de más. Todos precisos, justos para separar los huesos en sus mismas articulaciones, limpiamente, salvo el hachazo que decapitó a la infortunada joven..,

—Como usted dijo. Lane, esto parece confirmar que el criminal es un loco, un paranoico —aceptó la doctora Tessa NedweII—. Pero, ¿un matarife o un cirujano?

—Son las dos únicas alternativas de que disponemos, a menos que la computadora señale ahora otro posible responsable —comentó Lane—. Veremos, doctora. Si de nuevo recibimos la misma respuesta de la máquina, y esos dos hombres son los únicos sospechosos también en este segundo crimen... habrá llegado el momento de visitarles uno por uno, y tratar de sacar conclusiones.



Una supernave interurbana cruzó el negro cielo nocturno, salpicado de astros naturales, distantes y límpidos, y otros astros

artificiales, en órbita en torno a la Tierra, hasta formar casi auténticos anillos de chatarra cósmica en su mayor parte, ya que eran residuos de naves, cohetes, satélites y cápsulas enviadas al espacio a lo largo de cincuenta años de esfuerzos por conquistar el espacio, más unos pocos años dedicados a intentar el dominio espacial para ganar la pasada contienda.

La supernave se perdió con una estela de luz fugaz, como un cometa o una estrella errante creada por la tecnología humana. Luego, una calma relativa volvió a remar sobre la gran urbe norteamericana, con sus actuales veintiocho millones de habitantes, según el último censo el año 2022.

Lane bajó la cabeza, dejando de observar el firmamento y sus sorpresas propias del siglo XXI. Era tiempo. Whitey Dodds acababa de entrar en la sala circular, de blanda moqueta esponjosa, azul brillante, y cúpula de vitroplast con amplia vista al cielo neoyorquino y a una panorámica impresionante de la gran urbe, desde aquella altura de la torre residencial, con niveles destinados a jardines iluminados por espejos solares privados.

—¿Señor Lane? —preguntó afablemente, aunque su voz era dura ronca y de ásperos matices el dueño de la casa, acercándose a él y estrechándola la mano—. Ese nombre me dijo por el comunicador, ¿no es cierto?

—Sí Stewart Lane de Londres —asintió el detective.

—Londres... —Dodds arrugó el ceño. Su rostro brutal reflejó perplejidad. los ojillos resultaban simiescos, vistos así de cerca y no en una pantalla de computadora—. Eso está muy lejos...

—Hoy en día en absoluto —rió Lane suavemente—. Se tardan solamente veinticinco minutos en cruzar el Atlántico, señor Dodds, en cualquier nave transoceánica.

—Bueno aun así está muy lejos —rió con brusquedad el dueño de la casa—. Tal vez a la gente de otra época eso le parecería poco tiempo, pero yo detesto los viajes que duran más de cinco minutos, la verdad. Pero supongo que no habrá venido de tan lejos para verme a mí, ni para hablar de... de viajes ni distancias.

—Por supuesto que no —sonrió Lane—. He venido a hablarle de otros temas, señor Dodds.

—Lamento que tendré que pedirle brevedad —consulto su reloj —. Dentro de media hora empiezo mi trabajo en los Mataderos del Estado, y tengo que hacer aún algunas cosas antes de dirigirme a mi lugar de tarea.

—Seré breve, señor Dodds. Quería hablarle de una mujer llamada Ullah.

—¿Ullah? —las hirsutas cejas del hombretón se fruncieron. Los ojos oscuros parecían taladros clavados en él—. No sé. Nunca oí ese

nombre.

—Y también de Sharon Woods.

—¿Sharon Woods? Ese nombre sí me suena... —se frotó la nariz aplastada, con expresión perpleja—. Oh, sí. La presentadora de televisión, ¿no? Una bonita chica rubia...

—De ojos azules —corroboró Lane, asintiendo—. Acaban de asesinarla.

—¡Asesinarla! —el hombretón dio un paso atrás. Repentinamente parecía sacudido por una rara emoción difícil de definir—. Dios, ¿es posible Era muy joven y bella...

—También Ullah lo era Y la a asesinaron del mismo modo.

—Vaya... —se mostró vacilante. De pronto endureció su gesto, las mandíbulas crujieron, y las manos, enormes y recias, cubiertas de vello, se crisparon. Al cerrar sus puños blanquearon los nudillos amenazadoramente. El matarife debía tener una fuerza titánica—. Y ahora que lo pienso, ¿por qué viene a preguntarme usted esas cosas? ¿Qué tengo yo que ver con esas chicas muertas?

—Las mataron con un hacha. Mutilándolas hasta descuartizarlas, señor Dodds.

—¿Y qué? —bramó el matarife con acritud, dando un paso hacia él.

—Usted es experto en ese instrumento —dijo con calma Lane—. Pensé que podía serme de alguna utilidad como tal.

—¿Yo? —le seguía mirando de hito en hito, con evidente hostilidad, casi agresivo—. ¿En qué sentido piensa que puedo serle útil?

—Como persona que gusta de los antiguos métodos de matar y descuartizar reses en los mataderos, imagino que podría orientarme, sugerirme cosas… Investigo este asunto por cuenta de personas interesadas en él directamente. Necesito que un experto me preste su colaboración para tratar de llegar a un posible culpable de esos hechos...

—¡Miente! —rugió el matarife, enrojeciendo con violencia su rostro—. ¡Usted no vino a buscar mi ayuda, sino a acusarme de algo! ¡Sospechan de mí, malditos sean! ¿No es eso cierto?

—¿Señor Dodds, cómo se le ocurre tal idea? —protestó Lane con serenidad—. Yo no le conozco de nada, acabo de llegar de Inglaterra, y sólo busco ayuda...

—Todo eso es una sucia sarta de embustes, sucio inglés, para hacerme caer en una trampa. Usted ha venido aquí porque supone que, por el hecho de ser matarife y gustarme partir la carne como lo hacían mis antepasados en un mundo menos sofisticado y menos desagradable que éste, soy el sospechoso ideal para colgarme a mí el sambenito de esas muertes. Sus endiabladas computadoras les

habrán informado de que Whitey Dodds es la persona idónea para acusarla de todo y apuntarse un éxito. Pero no pienso seguir su juego, amigo. ¡Largo de aquí en seguida… o juro que sí logrará que salga con un hacha detrás de usted, y le haga correr por la ciudad durante horas enteras! ¡Fuera pronto, o perderé los estribos!

Parecía realmente capaz de cumplir su amenaza. Temblaba de ira, sus ojos brillaban como carbones, y las venas se hinchaban en sus sienes peligrosamente. Stewart Lane juzgó que todos sus esfuerzos en ese sentido se estrellaban contra los recelos justificados del individuo, ya fuese inocente o culpable.

—Perdone, pero está en un error trató de justificarse el detective—. Nadie pretende acusarle de nada. Sólo quiero encontrar a un asesino, señor Dodds… y sí usted no lo es debería ayudarme con todas sus fuerzas y…

—¡Fuera! —aulló el matarife, exasperado, abalanzándose sobre él—. ¡Fuera, asqueroso bastardo!

Sus enormes manazas se engarfiaron, tratando de hacer presa en la garganta del joven detective. Caso de haberlo conseguido, seguramente Lane lo hubiese pasado mal, a merced de aquel violento y vigoroso energúmeno. Pero antes de que se estableciese el peligroso contacto, Lane se escurrió hábilmente de entre las pesadas manos, y logró conectar un formidable impacto con su pie en las ingles del matarife.

Fue un golpe preciso y estudiado, una fría acción de luchador hábil y experto. Dodds emitió un alarido de vivo dolor, se aferró el punto dañado, entre convulsiones, y dobló la cabeza, mostrando su nuca al ágil y esbelto visitante. Lane no perdió tal oportunidad de salir definitivamente bien librado de aquella azarosa visita, y le soltó un mazazo con el borde de su diestra sobre el recio testud de aquel toro humano.

Fue fulminante. Whitey Dodds, pese a su corpulencia y poderío físico, se derrumbó ante Lane como un pesado fardo. Y se quedó quieto allí, sobre la blanda moqueta, que cedía, esponjosa bajo su peso, completamente inconsciente.

—Lo lamento, Dodds —suspiró Lane, irguiéndose con perfecta impavidez británica y estirando sus ropas metalizadas, tan poco elegantes para su gusto—. No me gusta portarme así con mis anfitriones, pero usted me obligó a ello…

Y dignamente, abandonó la estancia de la cúpula transparente, dejando tendido en el suelo a su antagonista, mientras otra poderosa y esbelta nave se perdía en el cielo nocturno, hendiendo el espacio, rumbo a algún lejano punto de destino, a velocidad inconcebible años atrás.

CAPITULO VI

El lugar era totalmente distinto.

La Baronía Van Dyke se hallaba situada en una amplia extensión al norte de Nueva York, en donde antiguamente se extendía la carretera hacia Albany. Como en tiempos feudales, el Nuevo Sistema había premiado a sus más destacados colaboradores y adictos con títulos aristocráticos, propiedades de gran extensión y bienes cuantiosos. Esta Baronía era, al parecer, una de tantas, dentro de! nuevo orden establecido en los Estados Unidos de América después de la III Guerra Mundial y la implantación de la dictadura político-policial en el país, bajo las siglas de una nueva ideología desconocida hasta entonces.

Campos vallados, zonas acotadas por uso exclusivo del barón y sus invitados de honor, aquellas tierras eran espléndidos cotos de caza adecuadamente poblados por especies animales que podían ser cazadas por el barón y sus amigos en cualquier momento. En el centro de esa propiedad digna de otros tiempos remotos, un castillo de nuevo diseño, extraño y fantástico a la vez, con torres rematadas por cúpulas ovales y murallas almenadas con círculos que proyectaban radiaciones graduables, capaces de paralizar o de matar a un intruso, según la voluntad del dueño de la casa, éste habitaba su mansión llena de sistemas de seguridad, así como de trofeos de caza que, sin eluda, eran su orgullo y su fanatismo.

Lane, al penetrar en el sorprendente castillo de metálicos muros y extrañas estructuras arquitectónicas, se preguntó si también gustaría el barón Van Dyke de coleccionar trofeos, humanos...

No existía diferencia alguna entre el aristócrata visto así, al natural, y su imagen grabada en el video de la computadora central Idéntico rostro enjuto, frío y anguloso, ojos casi incoloros, helados y crueles rictus maligno y duro en sus delgados labios, pelo rubio, ralo y escaso, frente abombada, cráneo desarrollado. Figura altísima y flaca, manos delgadas y sensitivas, con un grueso anillo que ostentaba el emblema de la Baronía de Van Dyke: un mítico griffo dorado, sobre un rombo negro orlado de calaveras plateadas. No era un distintivo simpático. Tampoco lo era su dueño.

Era difícil abordar el tema sin ofender al noble americano. Stewart sabía eso, como sabía que cualquier error en el trato, irritaría profundamente al barón, y su orgullo y crueldad le harían sumamente peligroso. Estaba enterado de que una sola palabra suya podía tener mucho peso en las altas jerarquías del Nuevo Sistema. El detective inglés no deseaba verse atrapado para siempre en la trampa del Tiempo, prisionero de un sistema dictatorial y despiadado, en el siglo XXI. Y eso podía sucederle

irremediablemente, si no sabía tratar al barón Van Dyke adecuadamente.

Tal vez por ello mismo, jugó fuerte su baza. A todo riesgo. Sabía sobradamente que si un hombre rudo y no muy listo, como Dodds, su estrategia había fallado, con un individuo cerebral y culto como Allen Van Dyke, el fracaso sería aún peor y más rotundo. Y con imprevisibles consecuencias, además.

Por eso, sus primeras palabras fueron directas, aceradas:

—Estoy aquí porque es usted sospechoso de asesinato, barón —dijo fríamente.

El barón no acusó emoción alguna. Encajó el golpe verbal con un simple parpadeo.

—¿De veras? —sus labios se distendieron en una sonrisa glacial —. Bromea, ¿no?

—Nada más lejos de mi ánimo, barón —negó Lane—. Soy investigador criminalista inglés. Una profesión en decadencia, lo sé. Pero a los ingleses nos gusta ser decadentes.

Forma parte de nuestro modo de ser. Investigo los crímenes de un sádico descuartizador.

—Ya —el barón le estudió penetrante, impasible. Paseó por la amplia y lujosa estancia, mezcla de tradiciones pasadas y de modernismos sofisticados—. ¿Para quién soy sospechoso?

—Para una máquina —suspiró Lane—. Una computadora virtualmente perfecta.

—¿Usted cree en las máquinas?

—No.

El barón le miró casi con simpatía. Su sonrisa se hizo menos fría. Pero aún era pronto para saber si había atinado en su táctica, pensó Lane, en guardia.

—Lo imaginaba. Un decadente caballero inglés difícilmente pensaría de otro modo. A mi manera, señor Lane, también yo soy decadente. ¿A quién han asesinado?

—A dos mujeres. Hermosas y rubias. Jóvenes y atractivas.

—¿Algo sexual?

—No, no. Sólo ferocidad en al crimen. Descuartizamiento total.

—¿Con bisturí, con cuchillo o con sierra?

—Con hacha.

—Oh, brutal… —Allen Van Dyke hizo un ademán de disgusto, afectado y untuoso—. Yo nunca haría eso, señor Lane.

—Es lo que pensé al estudiar su personalidad, barón. Al verle lo he confirmado.

—¿Por qué sospecha la máquina de mí?

—Por datos computados, ya sabe. Lo de siempre. Se le suministran una serie de informes, y la computadora decide por su

cuenta. Simple lógica mecánica.

—¿Usted está de acuerdo con eso? ¿Sospecha también de mí?

—Es mi obligación —sonrió Lane—. Pero le imagino más sutil, barón.

—Gracias. ¿Cómo imagina que hubiese descuartizado a esas pobres mujeres?

—No sé. Como usted sugirió, con cierta elegancia, si ello es posible en una tarea así.

—Lo es, se lo aseguro. He sido cirujano. Es una triste historia, pero lo cierto es que lo fui, aunque muchos lo ignoran. Sé manejar un bisturí o un cuchillo, y el resultado sería menos vulgar, menos salvaje. Aun para destruir, hace falta sutileza.

—¿Cómo destruye usted a sus presas, a los animales que caza vivos?

—Oh, eso... —el aristócrata soltó una dura carcajada—. ¿Desea ser invitado a una cacería y presenciarlo personalmente?

—No, gracias. No tendría tiempo de ello. Ni creo que me gustase.

—Evidente. Dicen que los ingleses siempre fueron grandes amantes de los animales. Le evitaré detalles, en ese caso. Pero cuando obtengo en mis cotos de caza algún animal vivo, sólo conservo su cabeza de trofeo. O su piel. El resto, se lo echo a mis jaurías de perros... previamente bien cortado a trozos.

—Lo imagino —Lane dominó un estremecimiento de náusea y de ira—, ¿Con bisturí también, barón?

—Así es. Bisturí eléctrico, tijeras, cuchillo... —rió huecamente Van Dyke, mirándole con ojos fulgurantes—. Tengo una especie de quirófano en mi pabellón de caza. Rememoro viejos tiempos de cirugía. Es una diversión. Una parodia de intervención quirúrgica, ¿comprende?

—Difícilmente puedo comprenderlo, barón. Pero le entiendo.

—Usted pensará que estoy loco.

—No he dicho tal cosa.

—Pero la piensa. ¿Dicen que el asesino que busca es un loco?

—Hay muchas posibilidades de que lo sea.

—Yo no estoy loco, señor Lane. Sé lo que hago. Y lo hago a gusto. Soy cruel, no tengo piedad ni sentimientos, si le parece juzgarlo así. Pero siempre soy dueño de mis actos. No estoy enfermo mental. Y menos para perseguir a jovencitas con un hacha. Esa sospecha me ofende.

—No es mía, barón. Es de la máquina.

—Lo sé. Y usted es muy hábil. Muy listo, señor Lane —le estudiaba con una fijeza impresionante, el rostro convertido en una máscara marmórea—. Ha venido a hablar conmigo de un modo muy

especial. Y me gustó como lo hizo. Espero que después de nuestra charla, no siga pensando que yo soy ese demente del hacha.

—Me gusta ser sincero, barón, aunque pueda sentirse ofendido. Me queda una leve duda todavía.

Eso es un error, en un hombre como usted —sonrió el aristócrata—. Es lo bastante inteligente para saber que no maté a esas mujeres.

—Siempre hay que dejar en mi oficio un margen a la duda. Existe una enfermedad mental llamada esquizofrenia. Significa que una persona puede tener dos identidades diferentes y, cada una, ignora lo que hace la otra cuando ésta se manifiesta. ¿Me comprende?

—Muy bien —el barón le estudiaba, entre curioso y divertido—. He sido médico, no lo olvide, aunque no fuese psiquiatra. Esquizofrenia. ¿Es posible que yo tenga dos personalidades, y que una de ellas sea la del asesino del hacha, sin saberlo?

—Posible, sí. Pero también improbable, si quiere que le diga la verdad.

—Gracias, señor Lane. Empiezo a ver que me descarta como culpable ideal.

—Casi del todo —suspiró Stewart, con gesto contrariado—. Y es lástima. Hubiera sido un buen culpable, barón.

—Lamento defraudar a un caballero inglés —rió Van Dyke, tendiéndole su fría mano pálida—. Buenas noches, señor Lane. Espero que no nos veamos más.

—Yo también lo espero. Será la mejor señal. Buenas noches, y gracias por su amabilidad al recibirme.

—No tiene importancia, mi joven amigo. Mi oferta de invitarle a una cacería sigue en pie.

—Para entonces, barón, espero estar ya muy lejos de los Estados Unidos.

—¿Con el caso resuelto?

—Siempre he resuelto mis casos.

—Sí, creo que eso es cierto —admitió Van Dyke, dejándole en el acceso de salida de su impresionante castillo futurista, a cuyo fondo se veían a sus criados, con lujosas libreas propias del pasado—. Este caso, estoy seguro, no será una excepción en su historial de investigador criminalista, podría jurarlo.

El castillo y su odioso anfitrión quedaron atrás. Un hombre cruel y enfermizamente malvado, dijera él lo que dijera de su equilibrio mental, pensó Lane. Pero... ¿culpable de asesinato?

Tenía grandes dudas sobre eso en estos momentos. Y aún las tuvo mayores cuando, al llegar al centro urbano, una pantalla pública de telenoticias le informó de lo sucedido en su ausencia.

Una tercera muchacha, Inger Smith, había sido asesinada por el descuartizador del hacha, sólo una hora, antes.

* * *

—Ya lo han visto. Tercer asesinato en pocas horas. Con su llegada a este país, señor Lane, las cosas parecen haber sufrido un empeoramiento en el terreno criminal Nunca en el Nuevo Sistema habíamos tenido una cadena de delitos tan horrible ni tan continuada.

Eran palabras del oficial de Policía Ed Kellog. Con su eterno uniforme negro charolado, su casco metálico y su expresión sombría y dura.

Junto a Lane, se hallaban en este momento Sidney Warren y Lorna Webb, que acudieron inmediatamente al escenario del nuevo crimen, apenas conocida la noticia a través de los boletines televisados por las gigantescas pantallas informativas tridimensionales.

El lugar donde cayera la tercera víctima, era un corredor subterráneo de la red de túneles de comunicaciones suburbanas que utilizaban las empresas de transportes de mercancías, para no colapsar en momento alguno la ingente masa de tráfico de superficie y aéreo de aquella macrourbe llamada Nueva York en este futuro escalofriante.

—Por aquí pasa poca gente a altas horas de la noche —había explicado Warren—. Los vehículos inician su labor a primeras horas de la mañana, y los túneles, hasta esa hora, solamente son un laberinto de pasillos Iluminados y desiertos, bajo la caparazón urbana. Un lugar idóneo para un crimen.

—¿Y qué podía hacer la muchacha aquí abajo? —había preguntado Lane, perplejo.

Fue el oficial Kellog que le sacó de dudas en ese terreno:

—Inger Smith pertenecía al servicio de mantenimiento de la red suburbana de autorrutas. Era ingeniero de la División de Tráfico y Transportes de la ciudad de Nueva York. Estaba cumpliendo su trabajo habitual. Que consistía, a veces, en ocasiones como ésta, en revisar ciertas instalaciones de semáforos y cambios de sentido en la red subterránea.

—¿Se acostumbra hacer en solitario el trabajo? —dudó Lane.

—Puede hacerse en compañía de algún técnico o funcionario, pero no necesariamente. Inger Smith, según la computadora central, era una mujer muy eficiente y capaz, pese a su juventud, y gustaba de completar en solitario sus trabajos.

—Cosa que, evidentemente, sabia el asesino.

—¿Qué es lo que ha dicho? —preguntó Kellog, ante aquellas palabras del joven inglés, pronunciadas entre dientes como un simple murmullo.

—No, nada, oficial, no me haga caso —Lane contempló, una vez más, el reguero de sangre, las salpicaduras rojas en los muros de los túneles suburbanos, huecos y sonoros en sus ecos, como una red de autopistas bajo el asfalto callejero. Terminó clavando sus ojos en el bulto casi esférico, siniestro y significativo, que un plástico piadoso cubría al fondo del túnel, justo donde un gran charco escarlata daba fin al trágico reguero de sangre humana—. ¿Puedo ver... la cabeza de la víctima, oficial?

—Claro —asintió desganadamente Kellog—. Pero no creo que le sirva de mucho. Fue limpiamente decapitada por un hachazo brutal y certero, como siempre.

Lane no dijo nada. Siguió el espantoso rastro de despojos humanos y sangre que, inexorablemente, le condujeron al bulto final. Alzó el plástico. Dominó una convulsión de horror.

Aunque con el espasmo desfigurado de la muerte atroz, era un rostro que había sido bonito y juvenil alguna vez. Ojos azules, desorbitados, casi fuera de sus cuencas, boca convulsa, sangrante, cabellos dorados, empastados de sangre...

Volvió a cubrirla. Regresó junto a Warren, Lorna y al policía, musitando para sí:

—Cielos... Muchachas rubias, ojos azules... Un hacha... Descuartizadas... ¿*Dónde* he oído yo eso antes? Es como si, de repente, recordase algo que no es de este tiempo...

Kellog le miró, pensativo, pero no le preguntó qué rezongaba esta vez. Lorna, por su parte, apoyó una mano en su brazo, y Lane notó que temblaba ligeramente, pese a ser una muchacha valerosa.

—Todo esto es horrible, Lane —gimió—. ¿Cuándo va a terminar esta pesadilla?

—No sé... —se encogió de hombros el detective. Luego miró a Lorna —. ¿Existe en esta ciudad una biblioteca lo bastante amplia y documentada para buscar algo difícil, quizás *muy* difícil de hallar?

—Claro —pestañeó ella, sorprendida—. La Biblioteca Electrónica Nacional. Allí se almacena, memorizado por varias máquinas, todo el saber y la historia del Hombre.

—¿Dónde cree que está, señor Lane? —se disgustó el Oficial—. ¿En una aldea? Tenemos el mejor archivo y biblioteca del mundo. Y buscar cualquier tema, sólo le llevará unos segundos, pulsando unas teclas y esperando leer lo que busca en una pantalla. ¿Qué es lo que quiere encontrar allí que tenga relación con todo esto?

—Aún no lo sé exactamente, oficial Kellog —manifestó Lane sombríamente—. Pero si la memoria no me engaña... un precedente

de estos crímenes.

—¿Qué? —murmuró Sidney, sorprendido.

—Lo que han oído, amigos —sonrió Lane—. No sé por qué, juraría que estoy viviendo algo que *ya conocía de antemano*. Eso es, justamente, lo que quiero encontrar. Y cuanto antes, mejor.

—Espere, Lane —pidió Warren—. El profesor De Wilde llamó a mi casa cuando usted estaba ausente visitando a los sospechosos. Deseaba hablar con usted sobre el caso.

—El profesor tendrá que esperar un poco —suspiró el detective —. Antes tengo que hacer esa visita a la Biblioteca Electrónica, si permanece abierta toda la noche.

—No, no lo está a estas horas —negó Lorna—. Pero puedo darle un pase automático para entrar en ella a estas horas y a cualquier hora. ¿Para cuándo lo desea?

—Para ahora misino, Lorna —dijo Lane, severo—. Nuestro asesino está en plena crisis homicida, y no quiero que añada más víctimas a su sangrienta lista...

CAPITULO VII

Loma tuvo razón. ..

Era una biblioteca soberbia y completísima. Sin volúmenes en sus estanterías. Eso, por desgracia, había pasado al olvido, pensó Lane. Ahora, los medios audiovisuales eran la fuente del saber humano. Y, naturalmente, el mejor modo de controlar y manipular la mente de un pueblo sometido a una férrea dictadura.

Por fortuna, la Historia se había tocado poco en los registros magnéticos de la biblioteca cibernética. Solamente en los puntos sociopolíticos o ideológicos que pudieran afectar a la llamada seguridad del Estado. Lo que Lane buscaba, no tenía la menor relación con tales temas, por fortuna para él.

Probó por medio de la palabra «descuartizador», pero no encontró más datos que viejas referencias históricas de crímenes de ese tipo. Nada revelador. Pasó a la palabra «hacha» y, salvo las alusiones de rigor a los verdugos del pasado, al arma en sí y a su historia, no halló nada de interés. Probó con el término «asesino», y una interminable serie de referencias a la historia del crimen en el mundo desfiló por la iluminada pantalla de la desierta biblioteca donde se hallaba, pasando reproducciones de viejos volúmenes a través de las grabaciones magnéticas.

Tampoco allí dio con lo que buscaba. Se detuvo, pensativo. Hubiera dado algo por fumar un cigarrillo en estos momentos. Pero eso era imposible en el Nueva York del año 2826.

Estaba seguro de no equivocarse. Algo, en aquellos crímenes, le resultaba tremendamente familiar, sin saber qué era a ciencia cierta. Reflexionó, pasando revista a sus factores fundamentales: el hacha, el asesino loco, el sadismo destructivo, el descuartizamiento, las victimas jóvenes, hermosas, la ausencia ele sexo, los ojos azules abiertos de horror, el pelo rubio ensangrentado, los despojos humanos...

De repente, creyó tener la solución. Excitado, pulsó una nueva palabra del colosal diccionario de la biblioteca, reducido a información en una serie de computadoras.

La pantalla se iluminó con la palabra escrita: «rubia».

Comenzaron acepciones diversas, apareciendo y desapareciendo sin que Lane pulsara el botón de inmovilización de imagen. De repente, las palabras cobraron forma, tras varios minutos de desfilar otros términos y referencias:

« Rubia, mujer. Víctima. Asesinatos.»

Todas esas palabras juntas, sí tuvieron sentido. Empezó la pantalla a cubrirse de texto:

«Asesinatos de mujeres rubias con ojos azules.

Descuartizadas y decapitadas por un criminal mentalmente enfermo. Se conocen hasta once víctimas en la historia del caso. Sin resolver nunca en los anales policiales.

Se llamó popularmente al asesino «El Sanguinario», Algunos le calificaron como «El Descuartizador». pero ese apodo no prosperó.

Lugar de los hechos: Londres. barrio del Soho.

Epoca: invierno de 1860

Un único sospechoso de esos crímenes, desapareció de Londres sin dejar rastro, tras el undécimo asesinato. Nunca fue hallado. Su nombre era Leo De Wald. Su profesión: criminó logo y psicólogo criminalista.»

Allí terminaba la información, salvo en la lista de nombres de víctimas y otros datos minuciosos al respecto. Lane ya no miró. Resopló, echándose atrás en su asiento, con la mirada hipnóticamente fija en la pantalla iluminada del computador.

—Londres, año 1860... —repitió sordamente—. ¡La Era victoriana! El Pasado... de mi propio presente. Hace ciento sesenta y seis años... Era eso. Por ello me acordaba yo... Está en la Historia Criminal de McPherson y en la Antología del Crimen de Ian Gullagher... ¡El asesino de hermosas muchachas rubias y de ojos azules, el descuartizador del Soho londinense!

Se puso en pie, dominado por su excitación. Apagó la

computadora. Caminó hacia la salida de «la amplia y desierta biblioteca a media luz en la noche. Sus palabras brotaban de sus labios, sonando huecamente en el recinto desolado, como pensamientos expresados en voz alta a sí mismo:

—¿Qué es esto de ahora? ¿Una copia de lo de entonces, un empeño enfermizo por repetir el pasado... o la obra *del mismo asesino*? Porque si desapareció de Londres en 1860... pudo escaparse en el Tiempo... exactamente igual que yo lo hice años más tarde... Y ese asesino... ¡ese asesino se llama Leo De Wald y era criminólogo y psicólogo criminalista! La misma profesión y las mismas iniciales... *que el profesor Lamont De Wilde.*

* * *

—Demasiado tarde. Lane —se lamentó amargamente Sidney Warren, tras revisar la última habitación de la casa—. Lamont De Wilde ha desaparecido. Se marchó precipitadamente, sin duda. Y también su compañera, Tessa Nedwell.

Desolado, Stewart Lane se dejó caer en un asiento. Meneó la cabeza de un lado a otro, con gesto abatido.

—Afortunadamente para ella, la doctora Tessa Nedwell no es rubia ni tiene ojos azules. Pero quizás en vez de posible víctima del profesor, sea su cómplice...

Warren cambió una mirada de perplejidad con Lorna. Luego, contempló a Lane casi incrédulo.

—No me diga que, realmente, el profesor De Wilde... es el profesor De Wald, del año 1860 en Londres...

—Todo coincide: profesión especialidad, iniciales de nombre y apellido, víctimas elegidas, asesinatos idénticos... ¿Por qué no habría de serlo?

—El... él no pudo escapar en... en el Tiempo.

—¿Por qué no? —pestañeó Lane—. Usted lo hizo. Y yo también.

—Es distinto, Lane. Yo vivo en el Siglo XXI, la Ciencia adelantó mucho en estos casi dos siglos... Usted viajó al futuro a través de mi propio método. Pero en la Era victoriana.... ¿cómo podía un hombre *huir* al Futuro?

—Tal vez nunca lo sepamos. Pero Leo De Wald encontró la fórmula. Y pudo evadirse de Londres y de su propia época. Sin embargo, su tara mental no cambió por eso. Acaso su propia especialidad le deformó mental y profesionalmente, haciendo de él un psicópata asesino. Y no pudo evitar seguirlo siendo en este futuro adonde escapó. Ahora, sin duda, ha sido lo bastante inteligente para darse cuenta de que yo podía sospechar de él, relacionarle con el pasado... y ha huido otra vez.

—Un hombre no puede huir más de tres veces a otra época,

Lane —musitó Warren—. Sólo le queda una posibilidad de escapar ya…

—Tonterías, Warren. Usted habla de su método de viajar en el Tiempo, no del suyo. Quizás esa famosa «máquina del Tiempo» tan denostada por usted y ya imaginada por H. G. Wells en 1895 nada menos» ya la poseía de alguna forma nuestro siniestro profesor De Wilde, para desplazarse donde nadie podía darle caza ya, ni siquiera Scotland Yard: el futuro de la Humanidad, otro siglo venidero. Esa máquina, si existe, puede ser de uso ilimitado. Pero ni usted ni yo la poseemos ahora.

—¿Desea dar caza a De Wilde, esté donde esté, Lane? —preguntó gravemente Warren clavando sus preocupados ojos en el detective.

—Sí —afirmó rotundamente Lane—, Lo deseo con toda mi alma. No sólo por obstinación profesional y orgullo propio, sino porque se haga justicia con ese monstruo que tan astutamente supo engañarnos a todos, no sólo fingiendo ayudarnos sin despertar sospechas, sino llevando a una orgía de sangre su altanería por demostrarnos quién es el mejor.

—Pero será imposible dar con él ahora… Sólo Dios sabe qué lugar en el Tiempo habrá elegido para escapar de la Ley de nuestro tiempo…

—Juraría que lo sé, Warren —sonrió duramente Lane, con expresión meditativa.

—¿De veras? ¿Dónde cree que está?

—De vuelta en su propio Tiempo. Creo que ha regresado a la Era victoriana, Warren.

—¿En qué se basa para pensar tal cosa?

—En nada concreto. Es una corazonada. Posiblemente en algo sí tenga usted razón: su supuesta «máquina del Tiempo» o el artilugio que utilice para desplazarse en el espacio-tiempo, puede que sea muy limitada, dadas las escasas posibilidades científicas y técnicas de su época. Ello podría suponer que sólo tiene dos recursos a su alcance: la época que eligió para evadirse antes… y el retorno a la suya propia.

—Es sólo una teoría, Lane. Puede estar en un error.

—Lo sé. Pero debo arriesgarme a aceptar como buena esa teoría, teoría, Warren.

—Yo sólo puedo hacer algo por usted: enviarle a Londres, al año 1860. Pero sólo a usted, Lane. Yo no podría ir. He hecho ya dos viajes. Ese sería el tercero y definitivo. Esta época no me gusta, pero tampoco me gustaría vivir en un mundo de faroles de gas, hambre y sordidez. Usted, en cambio, tendrá su último recurso: volver a su época, una vez resuelto el caso en 1860.

—¿Podría hacerlo yo solo, desde el Londres Victoriano, al Londres de mi tiempo? —dudó Stewart Lane.

—Claro que puede —sonrió amargamente Warren—. La forma de viajar en el tiempo es sumamente simple, pero actúa sobre el ser humano negativamente. De ahí la limitación de viajes. Es una proyección de la materia, por autocontrol, proyectándose en el Tiempo, tras elegir la fecha deseada, mediante coordenadas tiempo-espacio, y el procedimiento lo tiene que llevar uno mismo en su persona, en su propio cuerpo.

—¿Cómo? —se sorprendió Lane—. Yo no llevaba nada en Londres cuando viajé con usted...

—Se engaña. Llevaba una tarjeta mía de visita planificada. En ella están impresos los microcircuitos y trazadas las coordenadas. Es un mecanismo plano, microscópico, que actúa cuando la propia voluntad se concentra en ello. Como ve, simple y eficaz. Pero...

—Pero, ¿qué, Warren?

—El uso indebido del sistema, significa la muerte. Tres veces es su tope, el que el ser humano tolera. Un cuarto viaje, es la autodestrucción. La materia teletransportada al futuro o al pasado, se quedaría en el camino, desintegrándose el viajero sin remedio, para quedar eternamente en la nada sus átomos pulverizados. ¿Entiende?

—Sí —resopló Lane—. Si usted me coordina de nuevo ese micro ingenio para aparecer en la Era victoriana, sólo me quedará ya una posibilidad: volver a mi presente, al siglo XX.

—Exacto. Sin remisión. Será su último viaje tolerable. Lane.

—Yo podría ir con él —se ofreció Lorna, que asistía a la entrevista en casa del desaparecido De Wilde, mirando fijamente a Stewart Lane.

—¿Usted? —dudó Lane, sorprendido—. ¿Por qué iba a hacer eso, Lorna?

—Porque yo aún no he hecho viaje alguno en el Tiempo. Podríamos ir juntos a ese Londres del pasado. Quizás le fuese de alguna ayuda.

—¿Y después?

—Después... regresaría a mi propia época. Y quizás hasta visitara la suya.

—¿No sería peligroso Lorna? —preguntó suavemente el inglés.

—¿Peligroso? ¿Por qué? Ni usted ni yo corremos peligro en ese viaje —pestañeó ella.

—Me refería a otra clase de peligro, Lorna. Usted es hermosa. Y deseable. Podría enamorarme de usted...

—Yo lo estoy ya da ti, Stewart —dijo ella con sorprendente sinceridad.

—¿Lo ves? —Lane meneó la cabeza, pesaroso—. ¿Y si compartiese ese sentimiento tuyo alguna vez?

—Me iría contigo a tu época. Para siempre, Lane.

—¿Sería justo obligarte a vivir en un tiempo que no es tuyo? Es algo imposible, Lorna. Un amor por encima de los siglos. Perteneces a otra época. Para mí... *aún* no has nacido. Para ti, yo soy en realidad un anciano de ochenta y tantos años...

—Eso es simplemente relativo. Estamos juntos. Ambos somos jóvenes, Stewart...

—Sabes que es pura ilusión temporal. La realidad sólo tiene una lógica implacable. Nosotros hemos faltado a esa lógica viajando en el Tiempo. Pero nadie puede cambiar la historia, recuérdalo...

—Aún no se ha intentado. ¿Por qué no hacer la prueba?

—Porque quizás fuese tan peligroso como ese cuarto viaje que cita Warren —sonrió el detective tristemente—. Créeme, Lorna. Es mejor así... aunque me gustaría llevarte conmigo adonde fuese.

—¿Significa eso que también... me amas? —musitó ella, con lágrimas en los ojos.

—Podría amarte fácilmente, Lorna. Es lo que no deseo que llegue a ocurrir —susurró Lane con amargura—. Ahora, Warren, por favor... envíame a ese Londres Victoriano. Debo dar caza a De Wilde, se oculte donde se oculte...

—Espere, Lane. Primero tiene que volver a Londres en esta época —dijo Warren—. Recuerde que viaja en el Tiempo, no en el Espacio. Regrese a su país, vuelva al puente de Westminster... y la misma niebla que le envolvió, llevándoselo de allí le devolverá a ese lugar, una vez manipule yo la supuesta tarjeta de visita, en cuya delgada estructura se imprime el micro-mecanismo viajero. Quedará impreso en ella su viaje de retorno al siglo XX también. Tome ahora mismo una nave transatlántica de regreso a Inglaterra, y dentro de pocas horas estará ya en el Londres de 1860.

—¿Qué le diremos al oficial Kellog cuando pregunte por ti? —quiso saber Loma, mientras Warren manipulaba la tarjeta de visita que le diera en Londres, en un ordenador especial, momentos más tarde.

—Que fui en busca del asesino —sonrió Lane—. No mentiréis, y eso lo explicará todo. Decidle que se fue a Europa y voy tras él. Eso también será verdad.

—Ya está —Warren le tendió la tarjeta, tras el proceso minucioso de programación de sus invisibles microcircuitos impresos entre ambas capas de la tarjetita—. Buen viaje, amigo Lane. Y gracias por todo. Ahora, mi palabra quedará cumplida. Esto es lo que le regalo como honorarios por su trabajo en el caso.

Extrajo algo de su bolsillo. Se lo tendió al detective.

Este contempló fascinado lo que la mano de su cliente del futuro le mostraba: una diminuta cápsula de plástico y metal, no mayor que un cigarrillo. La tomó en sus dedos examinándola.

—¿Qué es, exactamente? —quiso saber.

—Consérvela, Lane. Es un microvideófono que, conectado a un video habitual en su época, le permitirá ver en una pantalla algo que nunca olvidará: nuestra época, a nosotros mismos... y a sí mismo durante la investigación del caso. He grabado todo en esa cápsula. Podrá verlo cuantas veces desee, cuando ya nunca más pueda regresar aquí ni yo visitarle a usted en Londres. Será un hermoso, un único recuerdo de valor inapreciable para usted. Sé que no mostrará a nadie lo que ahí está grabado.

—Puede tenerlo por seguro. Y, aunque lo hiciera, nadie creería que esto es otra cosa que un simple juego, una farsa montada por mí para divertirme. Pero recuerde que aún no he cazado al culpable. No merezco sus honorarios...

—Claro que sí los merece. Sé que cogerá al fin a De Wilde, vivo o muerto, y la muerte brutal de mi querida Ullah y las otras chicas, quedará vengada. Por eso le pago anticipadamente, Lane. Usted no puede fallar en eso, lo sé.

—Yo también —asintió Lorna, con las lágrimas resbalando pos sus mejillas—. Por eso te doy mi regalo de despedida también. Gracias por cuanto hiciste y harás por vengar el trágico fin de mi pobre hermana, Stewart. Te amo. Te amaré siempre... sin esperanzas. Adiós mi vida.

Y le besó en los labios.

Lane devolvió aquel beso a la hermosa Lorna. Supo que era un beso único, por encima del Tiempo y del Espacio, a través de los siglos y lo desconocido. Un beso que nunca más se repetiría ya.

—Gracias —susurró, mirándola intensamente al apartarse de ella—. Hasta nunca, Lorna. Es mejor así... o terminaría enamorándome de tí sin remedio. Adiós a todos...

Fue su despedida.

Sólo una hora después Stewart estaba en el Londres del siglo XXI.

Y poco más tarde, aparecía en el Westminster Bridge, entre la espesa niebla y el turbio amanecer maloliente y brumoso de un día invernal del año 1860, en plena Era victoriana...

Tercera Parte

PASADO

CAPITULO VIII

Había ocurrido junto al Teatro Blue Cage. Era un pequeño teatrillo situado en el chaflán de Bardour y Broadwick Street, en el corazón mismo del Soho londinense de la época.

Stewart Lane, luchando con el sueño, la fatiga y la desazón, aquella gélida y brumosa mañana invernal del Londres Victoriano donde acababa de pasar su primera y tal vez única noche, descansando en un modesto hotel de Brewer Street. 110 muy lejas del escenario del suceso, trató de recordar en vano la ubicación del teatrillo en su propia época.

Sencillamente no le fue posible. En 1976, el *Blue Cage* no existía ya en Soho ni en todo Londres. Era uno de esos *burlesques* típicos del Soho de entonces, desaparecido para siempre cuando el tradicional barrio londinense dejó de ser el dédalo peligroso de callejuelas para noctámbulos y gentes de dudosa condición, tiempo atrás.

Ahora, los diarios de la mañana de aquel Londres del que le separaban nada menos que ciento dieciséis años, mencionaban el nombre del local en primera plana, con gruesos y sensacionalistas titulares, muy propios de la «prensa amarilla» de la época:

¡NUEVO CRIMEN EN SOHO! «EL SANGUINARIO» SE COBRA SU DECIMA VICTIMA CERCA DEL TEATRO *BLUE CAGE*. UNA CORISTA DEL MISMO, SYBIL KENTON. DESCUARTIZADA POR EL SADICO DEL HACHA.

—Dios mío... —jadeó Lane, dejándose caer, despeinado y confuso, a medio vestir, en la cama revuelta. Olvidó la bandeja con huevos, bacon, mantequilla, tostadas y té con leche que reposaba sobre la mesilla. El diario, con sus titulares siniestros, le había recordado trágicamente los motivos de su presencia en el pasado-—. Otra vez... Ese monstruo no reposa. Está en pleno paroxismo de sangre.

Leyó la crónica, que devoró con avidez, admirándose de que sus ojos pudieran estar viendo aquellas columnas donde la tinta todavía estaba fresca, cuando más de un siglo le separaba de aquel momento, y en su tiempo real aquel diario sería un vetusto, amarillento ejemplar ya olvidado en cualquier hemeroteca de Londres.

Según esa crónica, el teatrillo del Soho era más «blue» que otra cosa, a juzgar por el cariz de su espectáculo(l). La corista Sybil Kenton, una muchacha rubia, rolliza y saludable, de grandes ojos azules y pechos no muy grandes, había sido descuartizada en un cercano callejón, junto a un patio o solar nada frecuentado, ahora virtualmente bañado en sangre. Por su ubicación, recordó Lane que

ese «solar» de 1860, era en su tiempo un negocio de compra-venta de automóviles, junto a una discoteca. Ambas cosas, por supuesto, distaban mucho de existir en tiempos de la Reina Victoria, que constituían en ese momento su presente.

—Volvió a matar — mascullό Lane, tirando el diario a un lado y vistiéndose con rapidez, tras comprobar que toda la higiene posible en aquel hotel, pese a su céntrico emplazamiento, se reducía a una palangana de esmalte, con jarra de agua, jabón y una jofaina para lavarse más íntimamente, con todas sus limitaciones.

Una vez resuelto su aseo del mejor modo posible, se vistió con ropas que la noche antes, al llegar al siglo XIX en Westminster Bridge, habíase apresurado a robar en una sastrería

(1) Téngase en cuenta que lo que en español se considera «verde» o subido de tono, se traduce al inglés por «azul». Todo espectáculo erótico, no es «verde» en Londres, sino «blue» o azul. El nombre del teatrillo imaginado aquí por el autor, Blue Cage (Jaula Azul), no aparece en ninguna crónica de la época. (N. del A.)

de Dartmouth Street, rompiendo el escaparate y dejando a cambio, para estupefacción indudable de su propietario sus ropas de plástico metalizado, procedentes del Siglo XXI.

Un carruaje le llevó hasta el chaflán ocupado por el teatrillo de variedades. Un gentío curioso formaba cerco en las proximidades del callejón donde tuviera lugar el horrible crimen. Policías de la época, con su tradicional casco y su capa, deambulaban por la zona, poniendo orden. Stewart contempló maravillado todo aquello que él conocía a través de viejos grabados y que ahora era, ni más ni menos, que su propio ambiente, su efímera realidad, su mundo presente. Un mundo hecho ya de polvo, fantasmas y nostalgias imperiales, para la gente de su tiempo y de él mismo. Trató de no pensar en ello y ver a las personas llenas de vida que pasaban a su lado como seres tan vitales como él mismo, y no como sombras de un ayer que ya no existía.

Unos carteles anunciaban el debut inmediato, para aquella misma noche, de una cantante nueva, llamada Ivy Baker. Junto a ellos, se anunciaba como grandes figuras del espectáculo al ventrílocuo *The Great Marcus* y al vidente e ilusionista Morgan Maddox, junto a una frívola estrella del baile y la canción, una tal Ivonne Duprex, de supuesto origen francés.

Lane paseó ante el teatro, pensativo. Había acertado al imaginar que el Soho era el lugar señalado para el retorno de Lamont De Wilde, o Leo De Wald, el sádico Sanguinario a quien perseguía desde el futuro. El psicópata regresaba a su escenario habitual. Quizás ni siquiera imaginaba que Stewart Lane, el detective inglés, le había seguido hasta allí implacablemente, en una cacería a través de los

siglos.

De momento, Lane no podía sentirse demasiado feliz. Una vez más, De Wilde, el criminólogo convertido en asesino, le había ganado la partida. Otra víctima se unía a su larga y sangrienta lista, esta vez de nuevo en su época real, en pleno siglo XIX.

Llevado por un repentino impulso, Lane se aproximó a la taquilla del teatro *Blue Cage*. Adquirió una de la fila dos para aquella noche, la del debut de la nueva «estrella», Ivy Baker. Debía recordar muy bien que tenía contado el tiempo de permanencia en el actual siglo, por ser su segundo viaje en el Tiempo: no más de veinticuatro horas. Al amanecer, como máximo, debía regresar definitivamente a otro Londres, el de 1976.

—¿Podré dar caza a ese monstruo antes de ausentarme de esta época? —se preguntó Lane, alejándose del teatro con su localidad en el bolsillo.

Ese día almorzó en un viejo restaurante de Piccadilly que ya no existía en su época, pudo ver entrar en Bakingham Palace a la Reina Victoria en persona, pese a que habitualmente ella no residía en el palacio real londinense, e incluso asistió maravillado a la salida de los diputados de la Cámara, ante el Parlamento, mientras el Big Ben desgranaba campanadas muy lejanas en el tiempo. Se sentía como testigo de la propia Historia. Era más extraño e inquietante aún que verse como personaje del futuro, porque ahora veía por sí mismo lo que la historia le había explicado antes. Pasó ante un teatro donde el gran Sullivan, el mejor actor de Inglaterra, representaba una obra de moda en las carteleras londinenses. Dominó la tentación de olvidarse del Blue Cage y su ínfimo espectáculo para tener la única y suprema oportunidad de ver al genio escénico en persona. Esa no era su labor en el pasado. Tenía que encontrar a un asesino, no disfrutar de privilegios semejantes.

A las cinco de la tarde, ya era de noche en el invierno londinense. La niebla, una especie de niebla apestosa e insufrible de sulfuro y de humo, se hacía densa v molesta, envolviendo en su viscosa consistencia edificios, personas, carruajes e incluso luces. Las farolas de gas y los fanales de los carruajes en marcha, eran los únicos puntos luminosos que se intuían borrosamente en la bruma, mientras se dirigía al *Blue Cage* para asistir a la representación de aquella noche, tras el asesinato de la infortunada corista.

Se acomodó en su butaca, en la segunda fila de la platea. Miró en torno con curiosidad. Levitas, maeferlanes y capas formaban un conjunto pintoresco, junto a gorras de cuadros con orejeras, sombreros de copa de pe luche negro con reflejos, ascotes de hermosas mujeres con espléndidas joyas y peinados de complicada línea, muy propios de la época. Era como sentirse inmerso en un antiguo grabado Victoriano, con todo su sabor y ambiente, como vivir en un mundo prestado, pensó Lane. La más fascinante

experiencia humana, sin duda alguna. Algo único, entre prodigioso y aterrador.

Mientras las candilejas de gas lucían ante la cortina roja con flecos dorados, a punto de iniciarse la representación, y una orquesta situada en el foso atacaba una melodía ele moda en la Inglaterra ele entonces. Lane meditó sobre sus últimas y fantásticas experiencias más allá de todo lo conocido, en una dimensión nueva para él y para cualquier humano en la práctica, como era el viaje en el Tiempo. Sólo la gente de aquel futuro estremecedor y siniestro podía permitirse ese lujo prohibido.

Ellos... y el asesino del Soho. Un criminal capa/ de viajar a través de los siglos y las épocas, huyendo a todas las leyes y castigos establecidos. Se preguntó si su asistencia aquella noche al teatrillo del Soho tendría alguna trascendencia para su misión de dar caza al monstruoso asesino.

Ya estaba en marcha la representación. Dejó de pensar. Unas bellas coristas, en muchos de cuyos maquillados rostros aún era visible la huella del dolor y angustia por la muerte trágica ele su compañera, evolucionaron en el escenario. Lo malo e ese número es que faltaba la decimocuarta corista: Sybil Kenton, asesinada por Lamond De Wilde... que en esta época se hacía llamar Leo De Wald. El hombre risueño y amable, de blancos cabellos y sonrisa fácil. La máscara de la maldad demencial del sadismo enfermizo.

Eso le llevó a pensar en la doctora Tessa Nedwell. su compañera en aquel futuro remoto del siglo XXI ¿Era su cómplice? ¿Ignoraba ella la identidad real de su amante? ¿Dónde estaba, en tal caso, la joven y bella doctora de los ojos color violeta y el cabello rojo?

Suspiró, mientras aplaudía mecánicamente a las coristas, terminado su número. El público parecía feliz con tan ingenuo espectáculo. Si aquello se consideraba «azul» en la Era victoriana, es que las costumbres ele la época eran muy distintas a las que él conocía en su tiempo. Una chica rolliza y exuberante inició luego un número de strip-tease realmente ingenuo, que pareció encandilar a los caballeros de platea. Lane bostezó, dominando una sonrisa. Las candilejas de gas hacían destellar las joyas femeninas y los dientes de oro de los caballeros en la platea repleta, de butacas tapizadas de terciopelo rojo. Empezaba a sentirse aburrido e incómodo allí dentro. Casi sentía deseos de salir del teatro y deambular por el peligroso Soho Victoriano, repleto de niebla, oscuridad y delincuencia. Su garganta seca le pedía un buen trago de cerveza en cualquier *pub* de las cercanías.

Iba a levantarse cuando salió el ventrílocuo con sus muñecos. Optó por esperar un poco más. El hombre era grotesco, con su larga melena negra, sus gestos ampulosos, su escasa calidad como ventrílocuo y lo vetusto y torpe de sus chistes que, sin embargo, hacían reír estruendosamente a la gente.

—Decididamente, no hay nada peor que vivir una época que no es la propia —se lamentó Lane con otro bostezo, poniéndose definitivamente en pie y saliendo al pasillo entre tímidas disculpas a sus compañeros de asiento, que le miraron irritados—. Esto es para una mentalidad muy diferente a la nuestra.

El ventrílocuo terminó antes de llegar él a las cortinas de salida de la platea. Un acomodador le abrió las mismas para facilitarle la salida, y le dio una contraseña para volver a entrar, en cartulina roja. La recogió. En ese momento, alguien gritó en el escenario:

—¡Eh, ese caballero que abandona el teatro! ¿Es que le aburren nuestros artistas? Comprenda que sólo estamos en 1860, no en el siglo XX... ni en el XXI.

Lane se quedó rígido. Parado en seco, giró la cabeza. Miró hacia el escenario, con un leve estremecimiento. La gente le miraba, entre curiosa y divertida. Algunos reían, señalándolo como a un bicho raro.

El ventrílocuo, el Gran Marcus, con sus horribles y feos muñecos, había desaparecido del escenario. Un hombre de cabellos blancos, blancos como los de Lamont de Wilde, vestido con un viejo frac y emergiendo de una especie de negro anuario lacado, le estaba señalando con un índice rígido y acusador.

—Sí, sí —dijo con voz solemne el individuo. Es a usted, señor Stewart Lane...

* * *

Lane regresó a su asiento, con la mirada fija en el hombre del escenario. Trataba de verle, aparte su melena blanca y larga, cualquier semejanza física con De Wilde. Pero no le fue posible. Aunque era fácil adivinar que De Wilde sería quizás tan consumado maestro en el arte del disfraz como en el del crimen y la evasión. Un criminólogo inteligente, astuto y cruel, convertido en asesino, debía dominar muchas artes que le facilitasen la fuga en todo momento.

Por eso le extrañaba ese desafío abierto que significaban las palabras de Morgan Maddox, el ilusionista, al dirigirse a él ¿Quién, si no De Wilde, podía conocer su identidad y su origen en ti futuro, en aquella época oscura y nada imaginativa de la Inglaterra del pasado?

Sin embargo apenas se hubo acomodado en su butaca, entre las risas de sus vecinos, el hombre del escenario trazó otra pirueta burlona ante su público.

—Lo lamento, señor Lane —dijo, sonriendo, con una exagerada reverencia--. Recuerde que además de ilusionista, soy vidente. ¿No es ése su nombre exacto?

Lane asintió, ceñudo, esperando nuevas evidencias de la clarividencia del extraño personaje. Pero Maddox se limitó a guiñarle un ojo.

—No diré más sobre usted, señor. Me conformo con este pequeño éxito. Sé por qué está aquí esta noche. Y le aseguro que no pienso crearle dificultades en su tarea. Soy solamente un artista que desea lucirse ante su público, como es lógico.

Lane aplaudió con calor. Había intuido en las palabras del vidente algo claro: éste *sabía* que el crimen de la corista era el motivo de su presencia en teatro. Y no lo revelaba.

La gente, entusiasmada, coreó sus aplausos. El hombre saludó de nuevo.

—Gracias, gracias —miró a todos, pero de nuevo con cierta inquietud a Lane—. No obstante, señor, permítame una observación más sobre usted.

—¿Cuál? —preguntó Lane, cauto y en guardia.

—Es su origen, el lugar de donde viene... —el vidente Maddox se tocó las sienes y la frente, como rechazando algo por absurdo—. Sé que usted es inglés, londinense, pero... pero hay algo que no encaja, que no entiendo... Me gustaría discutirlo aquí, pero sólo quiero triunfar como artista, no como iluso desequilibrado...

Lane sonrió con cierta dureza. Maddox, obviamente, no había mencionado los siglos XX y XXI al azar. Intuía o captaba algo, si es que no era De Wilde en persona, hábilmente caracterizado. Pero no se atrevía a exponerlo en público.

— Me asombra usted, señor Maddox —respondió Lane desde la platea—. Le felicito. Aun sin discutir lo que le preocupa, me inclino ante su capacidad. Es el mejor vidente que conocí jamás. Creo que, por mucho que le asombre... usted llegó lejos en su visión de mi persona... y de mi origen. ¿Responde eso a sus deseos?

—Sí. gracias... —la voz del artista sonó ronca, y retrocedio, algo pálido bajo el maquillaje, secándose el sudor que, de repente, brillaba en su epidermis, al ser iluminado por las candilejas de gas —. Cielos... Cielos... Disculpen, señores. Volveré en la segunda parte. Me siento algo indispuesto. Perdonen...

Se retiró, entre murmullos de decepción y abucheos. Lane aplaudió, sin embargo, y muchos le imitaron. Morgan Maddox, el vidente e ilusionista del viejo frac y las melenas blancas no asomó ni siquiera a saludar. Hacía mutis evidentemente impresionado por algo. Y Lane sabía por qué...En su lugar, apareció la esperada nueva figura del *burlesque* de Soho, y eso hizo olvidar a la gente el aparente fracaso del adivino. Una rubia esplendorosa, de bellos ojos azules, apareció en escena, luciendo sus bellísimas piernas desnudas y parte de su arrogante torso. Cantando y bailando con elegancia, con herniosa voz y ágil estilo, cautivó al público, que empezó pronto a

ovacionar a la nueva «estrella», Ivy Baker.

Lane la vió desfilar por la pasarela, luciendo la línea de sus largas pantorrillas v sus firmes muslos, y sonrió cuando ella le dedicó uno de los maliciosos estribillos de la canción. Se irguió en el asiento el detective. Esto era diferente. Aquella maravillosa criatura rubia tenía «gancho» calidad, y sobre todo una sensualidad latente y profunda, sin procacidad innecesaria.

Ivy Baker, ciertamente, triunfaba en su debut en el *Blue Cage Theatre*.

Stewart Lane ya no se movió de su butaca hasta el final del espectáculo. Ivy le había cautivado sorprendentemente. Le vio salir mientras se dirigía a la salida y recogía del guardarropa su macferlán gris, que aquella hermosa criatura del escenario que había logrado cautivarle con su encanto físico y su gracia femenina y picaresca, era en esos momentos para él como un fantasma más, perdido en un pasado del que le separaban nada menos que ciento dieciséis años. En su tiempo, en su vida. Ivv Baker era solamente polvo en una tumba cualquiera. Hacía décadas que no existía siquiera.

—A veces preferiría no haber tenido esta experiencia —murmuró Lane, tristemente, saliendo a la calle. en medio de una densa niebla que engullía con rapidez a los carruajes de caballos, donde los espectadores se alejaban del teatrillo del Soho— . Lorna tardará cincuenta años en nacer cuando yo vuelva a mi casa de Londres... y Ivy Baker, la bonita muchacha rubia del Soho, será solamente una sombra olvidada en otro siglo, un ser que envejeció y murió muchísimo antes de nacer yo...

Se detuvo de repente, ante uno de los carteles del teatro. Algo había atraído su atención, justamente cuando detenía un carruaje para volver a su cercano hotel y planear algo para aquella noche y madrugada, encaminado a tratar de hallar en una última y decisiva oportunidad al escurridizo Lamont De Wilde, si es que no había cometido un irreparable error al atribuirle su fuga al siglo XIX.

En el cartel del *Blue Cage* indicaba algo significativo» junto al anuncio del debut de Ivy Baker para esa noche: tanto El Gran Marcus, el ventrílocuo, como el vidente Morgan Maddox, habían debutado la noche antes en el teatrillo.

Lane se mordió el labio, pensativo. Con un gesto, despidió al cochero, tras alargarle unos chelines. Cambió de idea. Regresó al teatro. Pero eligiendo esta vez la puerta del escenario, por un callejón o pasaje angosto lateral, alumbrado por una sola farola pública de gas y un farol rojo sobre la entrada de servicio escénica.

Se adentró en el teatro, sin que nadie le interceptase. La jaula de vidrio y madera del conserje, estaba vacía en esos momentos. Logró llegar al escenario. El olor a serrín, madera, polvo y

maquillaje, hirió su olfato. Contempló los ingenuos decorados y forillos, colgados en los telares, las cuerdas de los tramoyistas, con sus contrapesos de arena en sacos. Respiró hondo. Era como vivir un imposible. Un viejo teatrillo Victoriano, visitado por un hombre del siglo XX.

—De modo que ha venido. Sabía que lo haría.

Miró fijamente al hombre que hablaba. Había surgido de un pasillo lateral, destinado a camerinos de artistas. Llevaba consigo un maletín. Su largo cabello blanco flotaba como un manchón de plata a la incierta luz de la época.

Era Morgan Maddox, el vidente. Lane le contempló, y Maddox a él. Entre ambos hombres parecía existir un extraño, invisible muro de hielo que aterrorizaba al artista.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Lane—. ¿Qué sabe usted de mí, Maddox?

—Todo. O casi todo —observó Lane que el artista se estremecía —. Me da usted miedo, señor Lane,

—¿Por qué?

—No soy un farsante. Recuerde que me gano la vida adivinando a la gente quién es y lo que hace.

—¿Y…?

—Yo sé quién es usted. Y lo que hace. Y de dónde viene… Por eso me asusta.

—¿Cómo puede saberlo?

—Es aquí —se tocó la cabeza, significativo, teatral—. Mi mente, mis facultades. Puedo adivinar cosas. Veo siempre más allá que otros. Pensé que me equivocaba con usted. No era posible, me dije… Pero lo es. A veces no me gusta ser vidente, señor.

—Podría no ser un vidente excepcional —comentó Lane con frialdad—. Podría ser un hombre a quien estoy buscando, Maddox.

—Sé que busca a un hombre —meneó negativamente la cabeza —. Pero no soy yo.

—¿Sabe también a quién busco?

—Si, claro. Lo sé. Leo De Wald, un asesino —afirmó el adivino, sombrío—. No soy yo, señor Lane. Pero no está lejos de su objetivo.

—¿Cómo? —Lane le contempló, absorto—. ¿Usted *también* puede saber…?

—También —aseveró Maddox, encaminándose a la salida del escenario—. Siga adelante y dará con él. Está aquí. En este mismo edificio.

—¡El Gran Marcus, el ventrílocuo! —gritó roncamente Lane.

Maddox no le contestó. Había salido al callejón. En ese momento, en alguna parte del teatro ya medio vacío, sonó un agudo grito de terror.

Era un grito de mujer en las alturas. Lane reconoció su voz.

—¡Ivy Baker! —rugió, precipitándose hacia la escalera que conducía a los telares y pisos altos de camerinos, mientras recordaba, desesperado, que la bella joven que cautivara al público del *Blue Cage*, era precisamente rubia y con ojos azules...

CAPITULO IX

El grito se repitió en las alturas. Lane subía las escaleras de vieja madera chirriante con grandes zancadas. Su rostro tenso sufría una brusca convulsión de ira y de disgusto por haber pensado demasiado tarde en esa posibilidad.

Ahora, por su desorientación inicial, otra víctima del «Sanguinario» corría grave peligro. Y esa víctima era Ivy Baker, la bella debutante de aquella noche en el teatro de Soho...

Descubrió borrosamente, corriendo por las pasarelas angostas y peligrosas de los telares a una figura femenina de rubia cabellera que resplandecía como oro hilado al reflejo de las luces de gas del local, perseguida por alguien. Destelló en manos de ese alguien un objeto de acero. Lane sabía lo que era.

El hacha del asesino amenazaba la vida de la joven cantante y bailarina. Era cuestión de segundos que la diera alcance y comenzara la espantosa carnicería, una vez más. Los crímenes del iglo XXI iban a tener su continuación en el mismo siglo en que se iniciaran, el XIX...

La joven gritó otra vez. Lane la vio oscilar, a punto de desplomarse desde lo más alto hasta el escenario, donde encontraría irremisiblemente la muerte. Perdió pie en la pasarela. Su cuerpo flotó por un trágico instante en el vacío, iniciando la zambullida final. Pero logró aferrarse con sus manos al borde del angosto pasaje de madera.

El asesino se aproximó con rapidez. Su hacha centelleó con fulgores siniestros. Evidentemente, pensaba comenzar su descuartizamiento con una mano de la infortunada muchacha.

Lane estaba aún a alguna distancia de la pareja protagonista del drama. No tenia arma alguna consigo. Se inclinó. Aferró un saco de arena suelto. Lo arrojó con todas sus fuerzas y precisión contra el perseguidor.

Respiró con alivio. Alcanzado en sus brazos por el pesado saco, e! criminal vaciló. El hacha escapó de sus manos. Sonó sordamente en las tablas del estrecho paso de madera perdido entre cordajes de decoradas. Mientras tanto, Ivy lograba irse incorporando, escalando la pasarela para salvarse del abismo.

Pero el asesino se rehizo, precipitándose a por su temible arma. Lane seguía a la carrera, devorando escalones con fulgurante rapidez. Alcanzó la alta pasarela, y el asesino apareció ante él, dándole la espalda, enarbolando su temible hacha.

—¡De Wald! —rugió Lane—. ¡Deténgase! ¡No tiene escapatoria esta vez! ¿O prefiere que le llame profesor De Wilde?

—Usted, Lane, maldito sea... —el asesino se volvió. Su rostro amable, de canoso cabellos, ahora sin la peluca negra, fe caracterización del ventrílocuo Marcus, se encaró con él La máscara ya no lo era tanto. Aquel rostro benigno y dulce tenía una crispación demoníaca, y los ojos grises e inteligentes centelleaban dilatadas con la luz demencial de su desequilibrio psíquico—. Le vi. Le vi en la platea, supe que habla venido tras de mí... No renuncia nunca a su caza, ¿verdad, sabueso?

—Nunca —aseguró Lane fríamente, contemplándole con expresión glacial, avanzando lenta, paso a paso, por la estrecha cornisa de madera, hacia el hombre que tenía acorralada allá en lo alto a Ivy Baker, su nueva victima—. Prometí dar con usted fuese adonde fuese. Mi instinto no me engañó. Volvió a su ciudad, a su época, a su barrio predilecto para matar... Está loco, De Wald. Rematadamente loco. Ya ni siquiera razona. Está ebrio de sangre, de victoria sobre mi, su enemigo mortal. Pudo escapar del siglo XXI, pero no lo conseguirá ahora de éste...

—¿Va a impedírmelo usted? —silabeó el psicópata, agitando su hacha, amenazador.

—Desde luego, profesor. Yo se lo impediré. Ha perdido la batalla final, no lo dude.

—¡Lo veremos! No está armado. Yo, si. Intente detenerme... ¡y le segaré la cabeza de un solo tajo!

—Puede que no lo consiga, profesor —sonrió Lane duramente, avanzando paso a paso, inexorable.

—¡Cuidado, Lane! —le avisó la voz de Ivy Baker—, ¡Mucho cuidado con él! Es sumamente peligroso...

Su timbre de voz, su modo de llamarle por su nombre, sobresaltaron al detective, pero también al profesor asesino, que se volvió a medias, sin soltar su hacha, para mirar a la muchacha rubia a quien había estado a punto de dar caza poco antes.

Ambos, perseguido y perseguidor, asesino y detective, se enfrentaron a lo más inesperado, a lo que ninguno de ambos había llegado a imaginar.

Al caer de la pasarela al vacío, Ivy Baker habla perdido su espléndida, perfecta peluca rubia. Ahora se mostraba con su cabello rojo, y aunque los ojos seguían siendo azules, y no violeta, su identidad estuvo clara para ambos.

—¡Doctora Tessa Nedwell! —gritó Lane, estupefacto—. ¡Usted!

—Tessa... —jadeó De Wald palideciendo—. No es posible... *Tu.* ¿Qué haces aquí…, en el siglo XIX... y bajo ese aspecto?

Tessa Nedwell, la bella amiga del profesor en el futuro, era ahora la cantante y bailarina inglesa Ivy Baker. Era obvio que todo, pelo, rostro, facciones y color de ojos, era falso. Simple maquillaje, adhesivos plásticos y lentillas. Cosas que no existían en el Londres de 1860 en modo alguno...

—No entiendo... —dijo Lane, perplejo—. Usted... ¿Qué papel representa en todo esto, doctora Nedwell?

—Lo sabrá muy pronto, Lane —suspiró ella, más serena—. En cuanto a este asesino debe ser capturado y puesto a buen recaudo al fin...

—¡No lo lograréis! ¡Nadie conseguirá eso! —rugió De Wald—, ¡Os destrozaré a los dos!

—No sea loco, profesor —amenazó ella con rara frialdad—. Poseo un arma capaz de aniquilarle. Y ahora puedo utilizarla...

Rápidamente, de su rojo cabello, desprendió un cilindro metálico, con el que apuntó al profesor asesino. Lane observó que apenas si tenía al tamaño de un simple cigarrillo. Pero Tessa lo empuñaba como si fuera algo mortífero.

—No voy a creerte, zorra... —jadeó el criminal, alzando su hacha.

En ese momento, desde allá abajo, llegó una voz potente:

—¡Profesor Leo De Wald, no intente nada! ¡Está rodeado! No saldrá nunca vivo de este teatro. Es mejor que se entregue sin luchar...

Todos miraron abajo. Una nube de policías llenaba el escenario. Un oficial al frente, apuntaba hacia arriba con un revólver. Lane entendió. El adivino Morgan Maddox venía con ellos.

—Bien, profesor —suspiró Lane cansadamente—. Creo que ya ve que todo es inútil ahora. Ha llegado a su final. Ríndase y será mejor para todos...

— Mi final... —los ojos de De Wald centellearon, demenciales —. Sí. Será un hermoso final. Espectacular, teatral..., ¡digno de mí. Stewart Lane! ¡Ni usted ni ley alguna, en siglo alguno, tendrá jamás al profesor Leo De Wald! ¡Mis viajes por el Tiempo serán siempre un enigma para todos, porque jamás persona alguna hallará mi «máquina del Tiempo»! ¡Adiós, Lane! ¡Adiós. Tessa! Vencisteis... pero yo también puedo evadirme a mi modo... a un lugar donde nadie, nunca, podrá ya capturarme...

Y arrojando su hacha al suelo, soltó una carcajada... y se precipitó al vacío desde la altura de los telares.

Los policías se apartaron a tiempo. Tessa Nedwell gritó

roncamente y se cubrió el rostro con las manos. Lane se estremeció, mirando abajo.

El choque sordo, brutal, marcó el trágico impacto sobre el escenario. En medio de esta, Leo De Wald-Lamont De Wilde-El Gran Marcus, yacía inmóvil, destrozado.

«El Sanguinario» de Soho, el asesino de los siglos XIX y XXI, había efectuado su última representación en el gran teatro del mundo.

CAPITULO X

—Era como me imaginaba. Lane. Tenía usted que triunfar sobre el profesor De Wilde como sobre otros criminales de su tiempo —sonrió la doctora Tessa Nedwell.

—No del todo esta vez. El tuvo razón en algo: se me escapó en el último momento. Supo huir a todas las leyes y justicias del mundo, ya fuesen del pasado o del futuro.

—Pero donde ahora está, ya no cuentan el tiempo ni el espacio. Lane. Otro juez superior se encargará de juzgarle. La muerte no es una evasión. Es el fin de todo.

—El fin... —suspiró el detective, moviendo la cabeza, mientras paseaban lentamente entre la niebla, pisando al húmedo empedrado del Londres de 1860, entre la luz lívida de las farolas de gas y el rodar de carruajes de caballos que pronto eran absorbidos por la bruma—. Me preguntó ahora si algo tiene principio o final. Este viaje por el Tiempo ha cambiado tanto mi concepto de las cosas...

—Sí, el Tiempo enseña una lección a todos nosotros: nada empieza ni termina. Simplemente, todo está sucediendo en alguna parte de ese Espacio-Tiempo al que la mayoría de los mortales no tienen acceso simultáneo... tal vez por fortuna para todos.

—Pero usted sí, Tessa —se detuvo Lane en el borde de una acera, dejando pasar un carruaje hacia Holborn, y se volvió a mirar escudriñadoramente el rostro de la joven doctora, ya con su cabello rojizo natural, sus impresionantes ojos color violeta y su bella faz dulce y delicada—. Usted pudo viajar también en el tiempo, ir en pos de... de su...

—De mi compañero y amante en el siglo XXI —sonrió ella amargamente, asintiendo—. Sí, Lane. Tuve que sacrificarme hasta ese punto y ser su amante en el futuro. Todo porque tenía que estar segura.

—Segura, ¿de qué?

—De que él era, precisamente, el culpable que buscábamos, el asesino sin Tiempo, capaz de evadirse de una época como ésta en que ahora estamos

usted y yo, a un remoto futuro como era el año 2026, para eludir a la Justicia de su tiempo y seguir asesinando impunemente. Era un hombre astuto y frío, cerebral e inteligente, a pesar de su obsesión paranoica por la sangre y la muerte. Era difícil imaginar a un verdadero científico y no un farsante, como él era, convertido en asesino. Todo cuanto él combatía y estudiaba, se daba en su persona, en su mente enferma. Eso es lo que tenía que comprobar, antes de actuar de otro modo. De todas formas, Leo De Wald había cometido ya un delito grave para mí. Es decir, *para nosotros*.

—¿*Ustedes*? —Lane la miró, reanudando la marcha hacia el río—. ¿Quiénes son ustedes, Tessa? Siempre imaginé que había huido con él a esta época, como cómplice o como rehén suyo...

—No, no. De Wald escapó solo, en su «máquina del Tiempo» que nunca sabremos ya dónde se oculta, y que quizás alguien, un día, venda como chatarra en cualquier mercadillo de Londres, sin saber lo que está haciendo. Yo me limité a perseguirle, a buscarle, del mismo modo que usted lo hacía, aunque por diferentes razones.

—¿Por qué lo perseguía, Tessa? ¿Por que aceptó ese disfraz en esta época victoriana en que ahora nos hallamos?

—¿No lo imagina?

—Quisiera imaginarlo, pero no lo consigo. Usted me desconcierta, Tessa. Aparece de repente, perfectamente caracterizada, convertida en una supuesta cantante y bailarina del *burlesque*, en un teatrillo del Soho que en mi tiempo ni siquiera recuerda nadie... ¿Por qué?

—Porque sabía que De Wald buscaba mujeres rubias de ojos azules en cualquier época. Eran su obsesión enfermiza.

Igual que usted, pensé que en el Soho encontraría a mi hombre, y monté mi propio plan. Al verle en la platea, me llevé una relativa sorpresa, la verdad. Estaba segura de que Stewart Lane, el gran detective inglés, no iba a renunciar fácilmente a su presa, ni siquiera a través del Tiempo.

—Entiendo ahora todo eso, Tessa. El la sorprendió, reconociéndola sin duda, e intentó asesinarla, pese a sus lentillas azules y su peluca rubia, que eran totalmente falsas y ocultaban a una bella pelirroja de ojos color violeta. Entonces aparecí yo, y usted pudo extraer esa diminuta arma que ocultaba bajo su peluca, entre su propio cabello. Hasta ahí, puedo seguirlo todo. Pero la razón es la que me confunde. Yo viajé en el Tiempo porque Sidney Warren me facilitó el procedimiento del futuro. Voy a hacer ahora mi último viaje a mi propia época. Pero usted... ¿usted *cómo* pudo desplazarse a través de los siglos... y, sobre todo, *por qué*?

Estaban llegando al río. Era visible la mole del Parlamento, su reloj en la torre del Big Ben, el Westminster Bridge, allá al fondo, sepultándose en la niebla espesa, entre reflejos débiles de luz de gas.

Tessa suspiró, diciendo con voz suave y tranquila: —Porque yo, amigo Lane... yo soy realmente la doctora Tessa Nedwell. Pero no

procedo del siglo, XXI, ni de esta época, ni de ninguna otra de las que usted conoce —su voz sonaba extraña, profunda y grave—. Yo soy doctora, pero no solamente en psicología criminal y todo eso. En realidad, soy Doctora en Cronología.

—¿Cronología? —repitió Lane, perplejo, deteniéndose de nuevo, esta vez bajo una farola de gas que proyectaba un cerco de luz pálida en el empedrado, a sus pies, e iluminaba de modo fantasmal el bello rostro de Tessa y sus rojos cabellos—. ¿Qué es eso, exactamente? Algo relacionado con el Tiempo, pero no sé exactamente qué...

—Justo lo que usted ha dicho, Lane: algo relacionado con el Tiempo. El Tiempo mismo, a fin de cuentas. Su estudio, su control... pero también su legislación. —¿Existe una legislación del Tiempo?
—Para usted, todavía no, Lane. Tampoco para la gente que sufre en el siglo XXI la tiranía dictatorial de esos Estados Unidos alucinantes que hemos conocido ambos. No, Lane. Es algo más, mucho más remoto, infinitamente más lejano en el Tiempo. De una época en la que el Tiempo será una dimensión más accesible, una especie de vía para los humanos, que podrán viajar por él bajo dos inexorables condiciones: no alterar jamás, bajo pretexto alguno, el curso de la Historia, y no cometer delitos amparándose en esa facultad de viajar al Pasado, al Futuro...

—Cielos, Tessa —Lane pestañeó, muy pálido, mirándola—. Usted... usted tiene por misión... buscar a los infractores de esas leyes, entonces.

—Exacto, Lane —sonrió ella con alivio, mirándole con aquellos enigmáticos e insondables ojos violeta suyos—. Me alegra que lo entienda tan fácilmente. Yo pertenezco a un cuerpo Especial de Control del Tiempo, como doctora en Cronología. Mi misión, como la de mis compañeros, es justa menta ésa: evitar que personas como Leo De Wald, utilicen el túnel del tiempo para evadirse de delitos criminales, para alcanzar la impunidad... o para cometer nuevos crímenes y alterar el curso de la Historia y de los humanos. Nuestro Cuerpo es inexorable. Y rara vez fracasamos.

—Dios mío... —Lane caminó lentamente hacia el cercano puente, tratando de asimilar esas desconcertantes novedades—. Entonces usted, Tessa... usted pertenece a... a un Futuro remoto, cuando el hombre sea capaz de dominar al Tiempo y al Espacio a placer...

—Sí. Muy remoto —suspiró ella.

—¿Qué... qué futuro, exactamente? —indagó, con voz temblorosa.

Ella se encogió levemente de hombros. Su sonrisa se hizo misteriosa, impenetrable como la expresión de una esfinge.

—¿Qué más da eso, Lane? ¿Por qué quiere saberlo?

—Es algo más que curiosidad, Tessa. Una vez perdí a una mujer por quien empezaba a sentir algo, a causa de eso que usted ha mencionado: la Cronología. Ella y yo estamos separados por años y años de distancia. Cincuenta para ser exactos. Debí renunciar a ella. Y ella a mí. Pensaremos el uno en el otro… pero sabemos que jamás volveremos a encontrarnos.

—¿Lorna? —preguntó suavemente Tessa Nedwell.

—Sí. Lorna —Lane la miró con amargura—. Y ahora… usted.

—¿Yo? —pestañeó Tessa, sorprendida—. ¿Siente algo por mí. Lane?

—Me temo que lo sentí apenas la vi en casa del supuesto De Wilde, allá en el siglo XXI. Tessa —admitió Lane con voz triste—. Y ahora sé que también es usted un fantasma que se desvanece en el futuro, inalcanzable para mí. Nunca volveremos a vernos cuando esta noche, dentro de un momento, nos digamos adiós en ese puente de Westminster, ¿verdad?

—Eso es. Nunca —dijo serenamente la dulce voz de la joven.

—Por eso, al menos, quisiera saber… *dónde* está usted en esa inmensidad eterna del Tiempo. En qué lugar del futuro…

—Créame, Lane —puso una mano en su brazo, sobre el macferlán gris, y Lane sintió un leve escalofrío. Pensó que, como el beso último de Lorna, allá en el 2026, éste era un contacto físicamente imposible, a través de siglos y siglos. Pero se estaba produciendo. Por única vez—. Es mejor ignorarlo. La distancia es demasiado grande. No es fácil hacerse a la idea.

—Me resisto a creerlo así —insistió Lane—. ¿Un siglo, dos, cinco, diez…?

—Más —susurró Tessa, ensombrecidos sus ojos violeta—. Mucho más. Lane.

—Dios mío… —el detective inclinó la cabeza—. Mucho más de diez siglos… Todo eso nos separa. Cuando… cuando usted venga al mundo, Tessa… yo llevaré más de mil años muerto en una olvidada tumba de Inglaterra. Mucho más de mil años…

—Así es —asintió Tessa—. Pero recuerde: todo está ocurriendo a la vez. Sólo que ocupamos distintos lugares en esa dimensión temporal en que vivimos. Véalo de ese modo. Lane, porque es así. Y resulta más hermoso, más esperanzados

—¿Esperanzador para quién? —se quejó Lane, reanudando la marcha hacia el puente. No para mí, Tessa. Usted y Loma me hicieron sentir algo. Pensé si debería elegir a una e otra. Y ni siquiera tengo esa oportunidad. Ambas se diluyen en el Futuro. Para siempre… ¿Qué esperanza puedo tener de un reencuentro imposible?

—Ninguna, Lane. No hablaba de esa esperanza, sino de otra

distinta. Usted y yo sabemos, aun separados por tantos siglos, que nos hemos conocido, que pensamos el uno en el otro, que en algún lugar del Tiempo, de la Vida, en suma, un hombre sufre y piensa, una mujer llora y ama... También eso puede ser hermoso, Lane.

—¿Usted... *ama*? —dudó Lane.

—Si, Stewart —musitó ella, parándose justamente a la entrada del puente, como una bella estatua en la niebla—. Yo también siento algo por ti...

—¡Tessa! Tú dominas el Tiempo —gimió Lane—. Tú puedes...

—No, Lane. No. Eso, nunca —rechazó ella—. Nos está prohibido. A todos, recuérdalo. Conocerás a una muchacha en Londres. Te enamorará de nuevo. Será tu esposa. Tendrás hijos. No por eso nos olvidarás a Lorna o a mí. Ni nosotras a ti. Esa es tu vida, tu existencia en tu tiempo. Lentamente, seremos en tu vida un vago, lejano recuerdo. Cuando hayan pasado años y años, te preguntarás, dubitativo, si esto lo soñaste... o lo has vivido realmente.

—Tessa, tendrá una evidencia de ello. Una prueba...

—No, querido Stewart —sonrió Tessa con tristeza—. No puede ser. Warren fue generoso contigo. Pero no puedes conservar lo que él te dio. El cartucho de video del futuro. Yo me he apoderado de él en una distracción tuya. Y tuve que destruirlo.

—¡Tessa! —protestó Lane—. Era mi único recuerdo, lo único valioso de este asunto...

—No era lo único valioso. Tus recuerdos lo serán. Habrás vivido la aventura que todo hombre sueña. Ahora... adiós.

—¿Para siempre?

—Para siempre... a menos que otro loco quiera viajar en el Tiempo y llegue a tu época para intentar alterar el curso de la Historia. Entonces, quizás volviéramos a vernos. Pero eso no es fácil

—No, supongo que no —la miró largamente, ya metido en el puente, casi hundido en la niebla que, como algo vivo y material, le iba separando de Tessa—. ¿Ni un beso de despedida?

—Ni uno —sonrió ella dulce y melancólicamente, alargando sus manos delicadas sensibles—. Adiós, Stewart...

El rozó esos dedos, ahora fríos y húmedos por la bruma de Londres de 1860. Lentamente, ese roce se perdió. El contacto cesó. La niebla, definitivamente, envolvió a Tessa, difuminándola ante sus ojos.

—¡Tessa! —gritó Lane—. ¡No, por Dios...!

Ya no había nadie en el puente. Nadie, excepto él. Caminó hasta la barandilla. Miró las aguas, apenas visibles en la bruma. Respiró hondo. Se sentía vado, triste y melancólico.

—Adiós, Tessa —murmuró—. Adiós, Loma. Adiós para siempre a ambas...

La luz de las farolas de gas de los tiempos Victorianos se diluyeron en una niebla cada vez más «pesa. Se sintió sumergido en ésta. Perdió la noción de todo. Pero supo que era al viaje final El regreso a casa. A su época. Al presente.

Epílogo

PRESENTE

El regreso.

Stewart Lane, detective privado, fumó en silencio. Dejó el cigarrillo en el cenicero. Terminó de escribir su manuscrito. Eso, nadie podía impedírselo. Ni siquiera Tessa Nedwell y su Cuerpo Especial de Control del Tiempo, allá en su remotísimo futuro. Claro que quien leyera aquel relato diría que Lane estaba loco, que su ego era insoportable, o que, simplemente, había escrito un divertimento ingenioso y delirante. Sólo eso.

Sonó el timbre da la puerta. Pulsó un botón de su mesa de trabajo, en la planta alta de su casa, conectando el visor con la puerta de entrada.

Esta vez no era un hombre extraño, como Sidney Warren. No era nadie venido del futuro para un fantástico contrato de trabajo. Era una mujer de su tiempo, una joven hermosa, elegante y. al parecer, en apuros. Insistía, nerviosa, en la llamada.

Naturalmente, no se parecía en nada a Lorna o a Tessa. Pero tenía una curiosa semblanza con las dos en ciertos detalles. Aquella desconocida joven que quería ser su cliente, tenía los ojos color violeta y el cabello dorado suave.

Se preguntó si sería ésta la mujer de que le hablara Tessa en la despedida, allá en el año 1860. La que andando el tiempo, seria su pareja, su esposa, madre de sus hijos...

¿Por qué no? La vida seguía. Tessa y Lorna eran inalcanzables. Allá, en algún lugar del futuro, más o menos remoto, ellas seguían sus vidas ahora, pensando en él. No había que pensar que ellas no habían nacido, o que él estaría muerto cuando ambas nacieran. No. No era eso. El Espacio-Tiempo, la dimensión espacial, no resultaba tan sencilla de medir. El lo sabía.

—Todo ocurre... Todo está ocurriendo, tal como ocurrió, ocurre y ocurrirá —musitó, mientras su joven y bella cliente insistía, apurada, en llamar a la puerta de su consulta profesional.

Lane sonrió. Pulsó el botón para abrir automáticamente la puerta y emitir su voz grabada al visitante.

Tal vez otro apasionante caso policial, otro misterio, estaba

entrando en su vida. Tal vez la mujer de su existencia era aquélla.

Aunque él sabía que, ocurriera lo que ocurriera en su futuro, su mente viajaría muchas veces a otro futuro más lejano e inaccesible, donde dos mujeres hermosas e inalcanzables pensaban ahora en él, como él en ellas, preguntándose que, de haber sido posible, cuál de las dos hubiera sido la elegida de su corazón.

Era una difícil alternativa. Prefirió no pensar en ello. No resolvía nada.

Se puso en pie. Su joven cliente femenina había entrado ya en la casa. Iba a su encuentro. La vida, su vida, su presente, seguían adelante. Es lo único que tenía que aceptar.

Le gustara o no.

FIN



Si le gusta lo más escalofriante,
lo más insospechado, lo menos absurdo,
lo no apto para lectores nerviosos...
lea y saboree cualquier relato de la

Selección

TERROR

que se los ofrece ahora semanalmente
y en cada uno de los cuales hallará siempre
las mejores novelas escritas por los más
afamados expertos en el género.

¡Asegure su ejemplar!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA PTAS.

Impreso en España